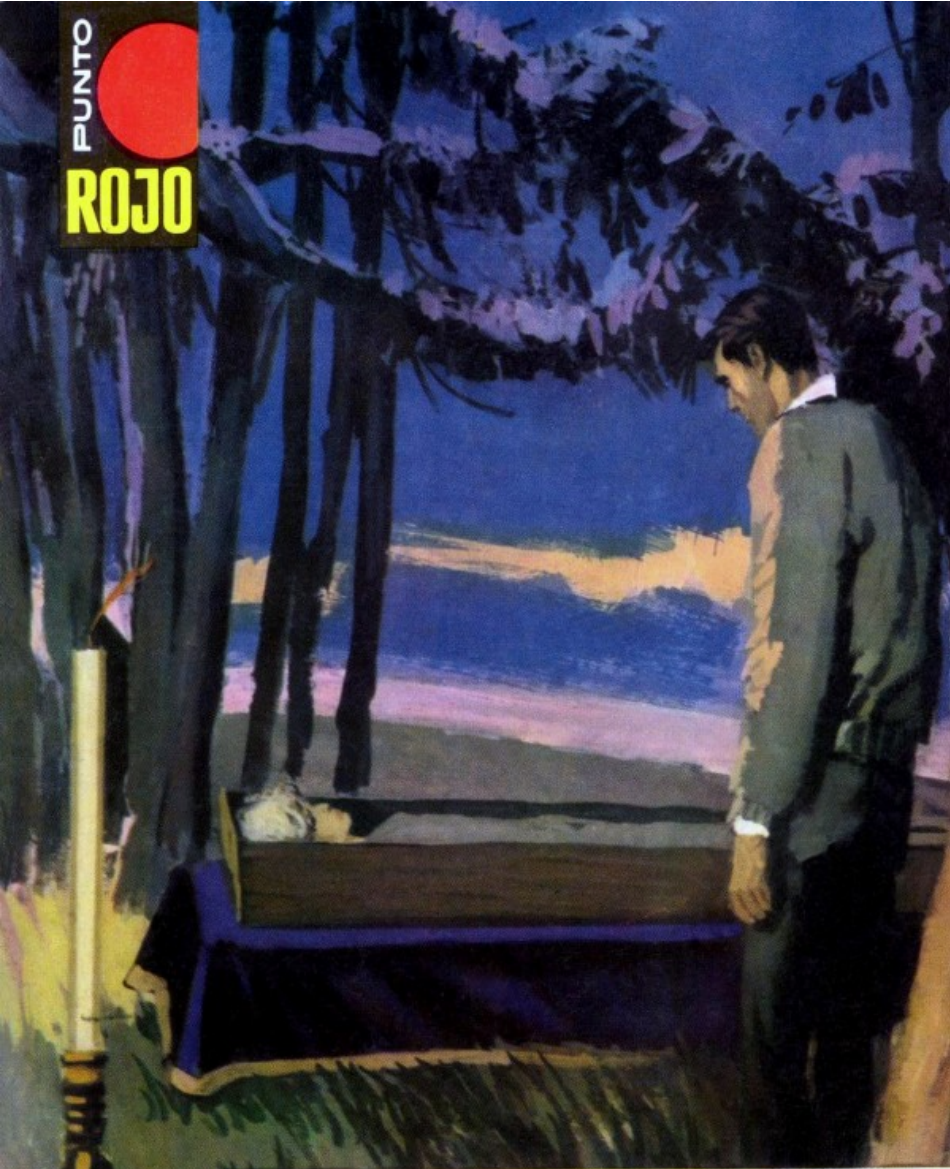


PUNTO

ROJO

An illustration of a man in a dark suit standing in a dark, wooded area at night. He is looking down at a wooden coffin lying on the ground. The scene is dimly lit, with a small light source visible on the left. The background shows a dark landscape with trees and a hint of a body of water or a distant shore under a dark sky.

EL HORROR Y TU

silver kane



EL HORROR Y TÚ

SILVER KANE

EL HORROR Y TÚ

1.^a EDICIÓN
AGOSTO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPÓSITO LEGAL B 15793 – 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora,
la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 2787/62

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

752. — Hora de morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

606. — Un regalo para el muerto.

En Colección BÚFALO:

420. — La dama negra.

En Colección TEXAS:

321. — Un lugar llamado Tucson.

En Colección CALIFORNIA:

283. — La hora de los demonios.

En Colección COLORADO:

208. — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

210. — Tres diablos y medio.

En Colección ASES DEL OESTE:

168. — Camelias para la muerta.

En Colección BRAVO OESTE:

67. — El Paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

12. — Cementerios de París.



UNO

NO sé por qué, aquel día tenía algo de siniestro. Negros nubarrones se cernían sobre Broadway Avenue, y las luces de muchas oficinas de los rascacielos fronteros estaban encendidas. Abajo, a muchos pies de profundidad, el asfalto brillaba de una forma extraña. Al subir en el ascensor, había ido acompañado por una serie de individuos vestidos de luto que iban a hacer compañía a un cadáver antes del entierro.

Pero pese a todo eso, yo no sabía explicarlo.

Quizá era la atmósfera.

Esa atmósfera pesada que viene del río y que envuelve a Nueva York en las últimas tardes de verano, cuando todavía el calor se niega a dejarnos definitivamente. Esa atmósfera que pone los nervios de punta, sin que uno conozca la causa, y que, sin que los médicos de los manicomios se lo aciernen a explicar tampoco, hace que los locos se pongan a lanzar aullidos detrás de sus rejas.

Pero cuando entré en la oficina, aquella atmósfera pareció disiparse.

Estaba Judith, la secretaria.

Judith tenía unas bonitas piernas, y las exhibía con moderación. Llevaba medias aun en pleno verano porque quería ser, ante todo, una mujer distinguida. Sabía hablar dos idiomas, sabía conversar con la gente de una manera suave, confortadora, y al andar sabía mover las caderas.

Sin embargo, yo no iba a casarme con ella, sino con Marjorie, a la que conocí un año antes.

Marjorie era una mujer extraña, inquietante, que tenía en los ojos algo que Judith no tendría jamás.

Pero dejemos eso ahora. Dejemos a Marjorie para volver al momento en que yo me desprendí de aquella atmósfera inquietante al entrar en la oficina y ver por debajo de la mesa de recepción las bien formadas rodillas de Judith.

Ella me sonrió.

—Buenos días, señor Purdom. Tiene usted visita.

—¿Hoy? Precisamente hoy no quería recibir a nadie, Judith.

—Ya he indicado a esa señora que se casa usted mañana y que solo iba a venir un momento a resolver los asuntos de trámite, pero se ha empeñado en verle. Dice que son solo diez minutos.

—¿Se trata de una señora?

—Una señora de edad —puntualizó Judith.

Seguía sonriendo de una manera enigmática, y yo comprendí que me guardaba una sorpresa. De pronto, se levantó, sacando del cajón central de su mesa una cajita muy bien envuelta, y me la puso en las manos. Norma, mi otra empleada, sonreía también desde su mesa.

—¿Qué es esto? —pregunté, aunque ya lo sospechaba.

—Un regalo con motivo de su boda, señor Purdom. Norma y yo fuimos a comprarlo ayer.

—Por Dios, ustedes no debieron...

—Es lo menos que podemos hacer. No vale gran cosa, pero acéptelo como testimonio de nuestro afecto.

—¿Puedo desenvolverlo o ha de verlo mi señora, tal vez?

Judith rio.

—¡Oh, no! Puede desenvolverlo, si quiere. Es un objeto que seguramente usará usted solo.

—Entonces, gracias. Con vuestro permiso.

Desenvolví el paquete, y de su interior saqué un objeto plano, metálico, con mis iniciales grabadas. Hacía un efecto precioso, pero era lo que menos podía yo esperar. Se trataba de una linterna.

—Es un último modelo —se apresuró a explicar Norma—. La pila dura muchas más horas, y el cristal especial hace que la luz sea muy intensa. Pero, ¿por qué pone esa cara, señor Purdom?

En efecto, yo debía poner una cara muy extraña, pero no acertaba a explicarme la razón. Miraba la linterna y luego la ventana. Era absurdo, pero me parecía como si detrás de cada uno de los ventanales del rascacielos frontero tuviese que haber un muerto.

—Veo que nos hemos equivocado —suspiró Judith—. A usted no le ha gustado la linterna.

—Me ha gustado mucho y es preciosa. Pero, ¿por qué una linterna precisamente?

—Verá... Parece que es un objeto que encaja bien con la profesión de usted: detective privado. Y también puede que con motivo de su boda la necesite.

—¿Necesitarla... con motivo de mi boda?

—¿No van a pasar la luna de miel a una casa aislada, en mitad de un bosque, señor Purdom?

—¿Y eso qué tiene que ver?

Yo intentaba ser amable, pero en mis facciones algo crispadas se notaba que algo me estaba ocurriendo. Algo que ni yo mismo acertaba a explicarme.

—En un sitio así, tan aislado, es fácil que se apaguen las luces —explicó Judith.

—¿Apagarse... las luces?

La linterna tembló un momento en mis manos. Fue Judith la que al fin se encaró conmigo:

—¿Qué le pasa, señor Purdom? ¿No se encuentra bien?

—¡Oh, sí! Me encuentro perfectamente.

—Si a usted le parece, despido con cualquier excusa a esa señora que le está esperando. Telefonaré un instante al *snack-bar* y diré que le suban, un café bien cargado.

—No. Judith... No me ocurre nada. Solo que el día de hoy tiene una atmósfera especial, algo que no sé explicarme del todo. Muchas gracias por el regalo. Espero que mañana asistan las dos a la boda.

—¿Y la madre de Marjorie? —preguntó Norma—. ¿La han localizado al fin? ¿Vendrá?

—No la hemos localizado. Es curioso. Yo, un detective privado que se ha hartado de buscar personas desconocidas, no he podido, en cambio, dar con el paradero de mi futura suegra.

—Eso indica que es usted un hombre inteligente —rio Judith.

La atmósfera extraña que había vuelto a formarse, la linterna, la referencia a la casa solitaria, a las luces que se apagan, pareció esfumarse de pronto con aquella risa sana y alegre de Judith.

—Recibiré a esa mujer.

—Y su rodilla, ¿qué tal va?

—Mejor, gracias. Oiga, Judith...

—Diga, señor Purdom.

—Me he enterado de algo.

Ella palideció un instante.

—¿De qué?...

—Ese último caso en que intervine... He estado examinando los archivos de la policía, y ahora sé que lo he llevado gracias a usted. Esa chica de la buena sociedad que estaba envuelta en el asunto del tráfico de drogas era su hermana, ¿verdad?...

Ella se mordió el labio inferior.

—No era de la buena sociedad... Era una chica sencilla como yo, pero quiso subir demasiado alto. Celebro que usted la vengara, señor Purdom... a pesar de que no pudo salvar su vida.

—Gracias, Judith, pero debió decírmelo.

—Pensé que usted se arriesgaría demasiado, si sabía que era un asunto un poco mío.

Ahora fui yo quien se mordió el labio inferior.

—Es usted una buena muchacha, Judith... ¿Por qué no lleva luto a su hermana?

—Mi padre me lo ha prohibido. Dice que ella no lo merecía... pero en realidad se pasa el día llorando.

—Entonces, es doblemente de agradecer que procure estar alegre en la oficina y que me haya comprado la linterna usted misma. Porque adivino que aquí está su mano exclusivamente, ¿verdad?

Ella no contestó. Bajó los ojos.

—Tómese unas vacaciones mientras esté yo de viaje de bodas, Judith. Las necesita.

Ella quería fingir alegría y serenidad. Hizo un esfuerzo por reír.

—Una buena secretaria no se marcha cuando su jefe está herido. ¿De veras va bien su rodilla?

—Mejor. Aún no puedo moverla del todo, pero como me parece que no voy a tener necesidad de correr...

—¿Quién sabe? —volvió a reír Judith—. A lo mejor Marjorie resulta tener mal carácter...

Yo correspondí a las dos con una sonrisa también y, cojeando, entré en mi despacho.

Lo tengo situado en Broadway Avenue, como creo haber dicho ya, y no es de los peores. Consta de tres piezas que huelen a maderas buenas, a piel de decoración y, de vez en cuando, a tabaco de calidad. Tengo muchos libros, una mesa de nogal y una magnífica vista sobre la calle más larga del mundo, la arteria principal de Broadway.

También tengo buenos clientes, aunque no siempre pagan con regularidad.

La que estaba aguardándome en el interior parecía una mujer adinerada, pero no en exceso. Llevaba gafas y reloj de oro, bolso de cocodrilo y un vestido de muy buena calidad; no obstante, sus zapatos estaban algo desgastados, y sus manos parecían poco cuidadas. Más bien semejaba una de esas damas que ahora ya no tienen una posición muy boyante, pero que guardan objetos valiosos de más brillantes épocas.

Me presenté:

—Purdom, para servirla.

—Yo soy la señora Stevens. Viuda.

—Póngase cómoda, señora. ¿Le molesta que fume?

—¡Oh, no! Haga lo que le parezca, con tal de que pueda prestarme la mayor atención.

Encendí un cigarrillo, sin dejar de mirarla fijamente.

—Le hacía más viejo —susurró ella.

—Tengo ya treinta y cinco años.

—Me ha dicho su empleada que se casa mañana.

—Es cierto, y por ello no pensaba recibir hoy ninguna clase de visitas.

—Le agradezco, entonces, que haya hecho conmigo una excepción. Mi asunto es de los que no pueden ser contados a la policía.

—Aunque ello vaya contra mis intereses, le diré que no hay asunto que la policía no pueda conocer, a menos que se trate de un problema familiar, o absolutamente íntimo.

—Mi caso no es ese.

—¿Qué ha sucedido, pues?

Ella pareció mirarme desde muy lejos a través de los gruesos cristales de sus galas.

—No ha sucedido nada aún.

—Entonces...

—He teñido un sueño. Un sueño horrible.

DOS

OTRA vez la sensación de que algo no marchaba, de que la mañana era siniestra, volvió a asaltarme. Pero era una sensación que no tenía sentido.

—¿Un sueño horrible? —musité.

—Sí. Y, por cierto, que al verle a usted lo he recordado, de nuevo.

—¿Por qué?

—Verá. Es algo muy extraño... Ese sueño empezaba oyendo caminar a una persona coja. Usted camina cojeando, ¿no es así?

—Sí —dije, empezando a impacientarme.

—¿Por qué cojea?

—Fue a causa del último trabajo que hice. Un asunto de tráfico de estupefacientes, en el que estaba envuelta una muchacha de buena familia. Uno de los amiguitos de esa muchacha me clavó una bala en la cadera, y todos creímos que nunca más podría volver a andar normalmente. Pero por fortuna me voy recuperando.

—¿Me equivoco si supongo que usted es un ser medio indefenso, señor Purdom?

—No sé a qué se refiere. No puedo correr, ni saltar, pero si esto no empeora, puedo caminar casi normalmente.

—De todos modos, me ha dado angustia verle, como me dio angustia aquel personaje del sueño. Alguien que caminaba poco a poco, cargando primero todo el peso en una pierna y luego arrastrando casi la otra. Usted no puede imaginarse lo que era aquello.

—¿Llegó a verle en su sueño?

—No. Solo lo oí.

Enlacé blandamente las manos y con voz suave, procurando no ofenderla, preguntó:

—Señora, ¿no ha pensado en visitar a un médico?

Ella me miró muy fijamente. Sus ojos parecían agrandados detrás de los gruesos cristales de las gafas.

—¿Pretende insinuar que estoy loca?

—No, ni mucho menos. Estoy convencido de que es usted una persona completamente normal, pero se ha equivocado al visitarme. Los sueños son cosa de los médicos, no de los detectives.

—Lo comprendo, pero es que en mi sueño también había un cadáver, y eso ya no es cosa de médicos.

—¿Qué clase de cadáver?

—Mi propia hija.

Hice un gesto de resignación y, por pura cortesía, me dispuse a oír lo que aquella mujer quisiera contarme.

—¿De modo que tiene usted una hija?

—Sí, claro.

—¿Y viven ustedes juntas?

—No... No vivimos juntas actualmente. Pero hace años, muchos años, tuvimos una casita, y yo soñé que habíamos vuelto a ella. Mi hija era entonces una niña, ¿comprende? Todos éramos felices. Mi marido murió cuando yo estaba encinta, de modo que el dolor por su pérdida ya se había mitigado mucho. Me había quedado una pequeña pensión y yo vivía con mi hija. Soñé que volvíamos a aquellos tiempos, y la verdad es que al principio el sueño me pareció color de rosa. ¿Usted no ha soñado nunca algo que le ha hecho mucho más feliz que la realidad? Pues yo me encontraba en uno de esos momentos.

—Sí, lo comprendo —dije aburridamente.

—Entonces fue cuando empecé a oír los pasos del cojo.

—¿Dónde?

—Sobre mi cabeza, más allá del techo. Caminaba como le he dicho, apoyando todo el peso del cuerpo en una pierna, y luego arrastrando la otra. Estuvo así un buen rato.

—Esa casita en la que usted creía estar volviendo a vivir, ¿tiene dos pisos?

—No exactamente. Tiene planta baja y un desván, pero el desván apenas se usaba.

—Continúe —dije, pensando que, al fin y al cabo, por estúpido que todo aquello fuera, la mujer me pagaría la consulta.

—El cojo estuvo caminando por encima del techo un buen rato. Luego me desperté.

—¿Se despertó?

—Bueno, quiero decir que de pronto tuve la sensación de que había dejado de soñar y de que todo aquello era real. Salí al bosque. Porque ha de saber que la casita estaba en el centro de un bosque de altos y hermosos árboles.

—Debía ser de noche, claro.

—No, no... Ya estaba amaneciendo.

—Siga.

—Ahora viene lo más espectral del sueño,

—¿Sí?

—Fui caminando por el bosque, hasta llegar a una especie de claro donde los árboles formaban como una plaza. Allí había un túmulo con un ataúd. Junto al ataúd, un candelabro alto y solitario, que parecía ser de bronce o de oro. Al extremo de ese candelabro había un cirio encendido.

A pesar del tono tenso de las palabras de la mujer, y a pesar del brillo de sus ojos, que parecían estar reviviendo aquella escena, yo no pude evitar una mueca de incredulidad y hasta un poco de hastío.

—¿Y la llama del cirio no se apagó con el viento?

—No soplabla viento. En el bosque había una calma absoluta y espectral, como si todo aquello fuera una inmensa tumba. Por eso la llama del cirio no se apagaba; ni tan siquiera se movía.

—Y dentro del ataúd, ¿qué había?

—Estaba el cadáver de mi hija.

Tragué saliva lentamente, y de repente el humo del cigarrillo que estaba fumando me supo amargo. Lo deposité en el cenicero.

—¿Su hija? ¿Asesinada?

—No sería capaz de decir tanto. Parecía tranquilamente muerta, si es que uno se puede morir con tranquilidad. Entiéndame: tenía una expresión serena, apacible, y no se le advertía ninguna herida. Pero a pesar de aquella tranquilidad, el verla daba una especie de terrible miedo.

—¿Se despertó entonces?

—Bueno, tampoco sería capaz de decir tanto. Tuve la sensación de que me despertaba más aún. Fue al sentir una quemadura en la

mano izquierda. Sin duda, me había acercado tanto para ver a mi hija que me rozó la llama del candelabro.

Me puse en pie, me acerqué a la ventana y contemplé a través de ella las otras ventanas del rascacielos frontero, que esta mañana me daban la sensación de pequeños nichos en un cementerio.

—Señora, ni siquiera voy a cobrarle la consulta —dije, repentinamente.

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo ayudarla. Esos sueños de que me habla pertenecen al mundo irreal, y yo me muevo entre realidades muy concretas. Debe usted ir a ver a un médico o quién sabe si a un confesor. Todo lo que usted me ha explicado indica una intranquilidad muy grande en su espíritu, pero yo no puedo resolver ese problema. Si no tiene médico de confianza a quien acudir, yo le recomendaré un amigo mío.

Ella sonrió de una forma lejana, mientras la luz daba directamente en los cristales de sus gafas y los hacía brillar. Debíó ser una mujer guapa y distinguida en otro tiempo, y la distinción aún la conservaba en parte. Al menos, la sonrisa que me dirigió fue propia de una mujer de mundo.

—Parece como si usted tuviera cierta prisa en librarse de mí, señor Purdom.

—Le confieso que hoy tendría ganas de librarme hasta de Gina Lollobríghida, si hubiera venido a sentarse en el sillón que usted ocupa. Me he acercado por el despacho solo por si se había presentado alguna cosa urgente, pero no pensaba recibir ninguna visita. La verdad es que me caso mañana mismo, y aún necesito todo este día para hacer las últimas compras. De modo que si usted me perdona...

Me dirigí a la puerta para abrirla. Ella hizo un gesto con la mano izquierda y se encogió de hombros como queriendo significar que me perdonaría si no quedaba otro remedio. De pronto, yo me quedé como atónito, como paralizado, mirando aquella mano izquierda.

—Oiga... —musité.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde se hizo esa quemadura que tiene en la mano izquierda?

Ella se la miró, sorprendida, como si se diera cuenta de eso por

primera vez.

—Ya se lo he dicho —afirmó luego, con la mayor naturalidad—. Me quemé con el cirio, al acercarme demasiado.

—Pero...

—Sí, ya sé que se trata de un sueño —murmuró ella—, pero ese sueño tiene cosas muy extrañas. Por otra parte, usted también se sentiría intranquilo si, aunque fuera en sueño, hubiera visto dentro de un ataúd a su propia hija.

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba mi despacho con la antesala donde estaban las dos secretarias.

Solo dos personas se hubieran atrevido a entra; así, sin llamar: Judith, o Marjorie, mi prometida. Era Marjorie.

Yo abrí mucho la boca.

Cualquiera la hubiese abierto al ver una mujer así, tan bien formada, de líneas tan firmes y rotundas, tan flexibles, y al mismo tiempo con aquella luz dulce en los ojos. Cualquiera hubiese abierto mucho la boca al ver entrar en su despacho a una mujer tan completa como Marjorie.

Pero yo no la abrí por eso.

¡Oh, no!

Yo abrí la boca, asombrado solo porque Marjorie se había fijado exclusivamente en la mujer que ocupaba el sillón de mi despacho.

Y porque había exclamado:

—¡Mamá!...

TRES

DE todos modos, me casé al día siguiente.

Tuve invitada una persona más de las que esperaba, pues como resulta lógico, la madre de Marjorie asistió a la boda. Durante las horas que precedieron a esta, me enteré de muchas cosas, entre ellas que la madre de Marjorie había perdido la memoria durante un tiempo y por eso perdió también todo contacto con su hija, a pesar de que esta se había devanado los sesos buscándola. Precisamente yo conocí a Marjorie cuando me encargó que diese con el paradero de su madre. Luego, y como la joven cambió también de piso, todo contacto entre las dos pareció definitivamente roto.

Y ahora, de aquella forma extraña y sin sentido, se había reanudado.

Pero dejemos eso. Dejemos de hablar de madres políticas (sobre todo eso) y de misterios que parecen no tener solución.

Lo cierto, repito, es que me casé al día siguiente.

Realizamos la ceremonia en la catedral católica de San Patricio, aunque no con demasiada pompa porque yo no soy millonario. De todos modos, aún dispuse de dinero para dar una pequeña fiestecita en uno de los salones privados del Waldorf Astoria, fiestecita donde hubo champaña francés preparado en Italia, caviar ruso obtenido en Alemania, y bailoteo. Aunque, yo, desde luego, no pude bailar un paso.

Lo del champaña y el caviar no fue culpa de la dirección del Waldorf, sino del limitado dinero de que yo disponía. Pero impresioné a mis amistades, esa es la verdad. Y creo que los dejé turulatos cuando al final de la fiesta anuncié que Marjorie y yo nos íbamos en viaje de novios a Europa.

Bueno, eso era mentira.

Lo comentamos mientras Marjorie se ajustaba la costura de las medias en la habitación que habíamos alquilado para después de la boda en el propio Waldorf, Yo estaba tartamudeando, porque las piernas de Marjorie me volvían loco, y el gusto diabólico que tenía para escoger sus medias mucho más loco aún.

—Se han tragado lo de Europa —dije.

—Sí, todos se lo han tragado. ¿Están bien?

—¿El qué?

—Las costuras. Si están rectas.

Yo engullí saliva difícilmente.

—Están como tienen que estar.

—¡Ah! Creí que no ibas a decirme nada...

—Marjorie...

—¿Qué?

—Tú sabes lo mucho que me gustas y lo loco que estoy por ti, pero vas a perdonarme si me encuentras un poco raro. Había esperado este momento con todas las ansias de mi vida, y, sin embargo, ahora me doy cuenta de que hago un mal papel. ¿Sabrás perdonarme si no te parezco el mismo que he sido siempre?

—Claro que sí, cariño —Marjorie dejó caer su falda y entonces me fui tranquilizando poco a poco—. Pero ¿qué te ocurre?

—Son dos cosas: lo primero la herida en la cadera que no acaba de marchar por buen camino, y que incluso puede abrirse de nuevo. Sé que no camino bien, y eso me hace sentirme avergonzado.

—Pero es una cosa circunstancial, cariño, y yo sé hacerme cargo. ¿Es que tú te avergonzarás de mí si yo un día me rompo un tobillo y no puedo caminar en una semana? Bueno, no merece la pena ni volver a hablar de esa tontería. ¿Cuál es la segunda cosa que te preocupa?

—Tu madre.

—¿Por qué? Es una mujer discreta, y ya has visto que no ha querido molestarnos para nada. Inmediatamente ha vuelto a la pensión donde vive. Debiera alegrarte saber que la hemos encontrado y que nada malo le ocurre. Para mí ha sido el mejor regalo de bodas que podía soñar.

—Sí, Marjorie, en eso estoy de acuerdo. Yo también me he alegrado... Pero ya sabes que tu madre estaba en mi despacho cuando tú has venido.

—Sí. Y los dos habéis adoptado una actitud un tanto extraña.
¿Por qué estaba ella allí?

—Me hacía una consulta.

—¿Tiene algún problema?

—No pensaba decírtelo, pero creo que entre los dos debe mediar la máxima confianza. Tu madre ha venido a verme porque dice que había tenido un extraño sueño.

—¿Sí?...

—Y que en ese sueño te veía a ti dentro de un ataúd, en medio de un bosque silencioso y teniendo al lado un solo candelabro de oro o bronce con un cirio encendido.

Creí que aquello iba a impresionar a Marjorie como me había impresionado a mí, pero en lugar de quedarse medio aturrida se sentó en un sillón, cruzó las piernas y se puso a reír.

Aquello de cruzar las piernas a mí me dejó sin habla.

No podía creer que aquella mujer tan bonita, a la que siempre había admirado tanto, fuera mi esposa y estuviese deseando unirse a mí. No podía creer que nos fuera posible disfrutar sin límite de nuestro amor y nuestra envidiable juventud.

¡Diablos! ¿Por qué habría ocurrido lo de la madre de Marjorie y su inquietante sueño, precisamente un día antes de nuestra boda?

Musité:

—No sé por qué te ríes.

—Ni yo sé por qué te preocupas tanto. Mi madre ha sido siempre muy imaginativa, y además con una imaginación algo macabra. De joven coleccionaba calaveras, a cada una de las cuales daba un nombre. Siempre tuvo sueños extraños y sin sentido, y nadie le hacía caso. Por supuesto, no creo que haya cambiado, a pesar de los años. Y lamentaría mucho que ahora hubiese venido a darte preocupaciones a ti.

—La cosa en sí no me preocupaba, Marjorie. Pensé que era una de tantas chifladas que de vez en cuando pasan por los despachos de los detectives, y ya iba a despedirla cuando llegaste tú. Entonces me di cuenta de que aquella hija en cuya muerte ella había soñado eras precisamente tú. Y por eso el sueño me inquieta. Si se refiriese a otra persona, no habría vuelto a pensar en ello.

Marjorie entreabrió los labios, mientras me miraba fijamente.

—¿Y vas a dejarte impresionar ahora por los sueños de una

señora fantasiosa? Vamos, cariño. Esta es nuestra noche de bodas...

No recuerdo si fui yo a ella o ella vino a mí. Lo cierto es que de pronto nos encontramos unidos en un abrazo. Y también es cierto que las cosas se fueron complicando enseguida, sin que ninguno de los dos nos diésemos cuenta. Y más cierto es aún que aquellos fueron los momentos más felices, intensos e inquietantes de mi vida.

Media hora después, ella, a mi lado, susurró:

—No has podido quitarte la idea de la cabeza. ¿verdad?

—Yo creo que sí que me la he quitado, Marjorie.

—Pero no tienes la cara de todos los días.

—Hoy no es un día como los otros, Marjorie.

—¡Tonto! —me acarició las mejillas, como si yo fuera un niño desgraciado, y eso me avergonzó—. Piensas en la muerte cuando yo estoy aquí, tan viva, tan joven y tan tuya. Además...

Lanzó una carcajada, mientras alzaba una pierna y lanzaba lejos uno de sus zapatos de alto tacón.

—... ¡Además, todos nuestros amigos se creen que mañana tomamos el avión rumbo a Europa! Les hemos engañado maravillosamente, ¿verdad? Nos consideran gente rica. Pero yo no sé todavía a dónde vas a llevarme.

—Mi intención era hacer un viaje por los Estados Unidos, Marjorie, e incluso había comprado un coche nuevo, pensando en eso. Pero con mi lesión en la cadera no puedo atreverme a conducir, y sería un pésimo compañero cuandouviésemos que ir de compras por las ciudades. Ando con menos seguridad que un niño de once meses, esa es la verdad. Por tanto, he decidido que tengamos una luna de miel tranquila.

—¿Y qué has hecho?

—He alquilado una casa.

La idea pareció gustar a Marjorie que también había llevado una vida demasiado agitada últimamente.

—¿Una casa? ¿Dónde?

Extraje de uno de mis bolsillos un mapa de New Jersey, y se lo mostré, desdoblado.

—Mira, no está lejos de aquí. Es una casita situada a unas quince millas al oeste de Newark. Nos bastará cruzar el puente hasta Jersey City, y enseguida estaremos allí. ¿Qué opinas?

—Que has elegido un sitio demasiado cercano a Nueva York.

Todas aquellas zonas son muy agitadas.

Sonreí.

—No lo creas. Esa casa es un pequeño prodigio, después de todo. Hay que dejar la carretera estatal y remontar un camino de herradura entre las colinas durante veinte minutos. Luego se encuentra un bosque muy espeso, y en su centro está la casita.

—¿Una casa dentro de un bosque?

La pregunta me hizo recordar algo, y de pronto arrugué la nariz. La verdad era que aquello me traía otra vez a la cabeza el sueño de la madre de Marjorie. Pero me encogí de hombros, pensé que era una maldita casualidad y resolví no volver a dar vueltas al asunto.

—La casa tiene de todo —añadí— y está muy bien equipada. La «frigorífica» es monumental, y llevaremos allí todo lo necesario para una semana. Después de ese tiempo, y si yo me encuentro mejor, tomaremos el coche y nos iremos a dar una vuelta por los Estados del sur. Siempre he pensado que me gustaría ver cómo es Nueva Orleans realmente.

Marjorie me abrazó.

—Creo que has tenido una feliz idea, cariño. Y te agradezco que hayas querido darme una sorpresa. Siempre he soñado pasar mi luna de miel en un lugar donde no pudiera molestarnos nadie.

En aquel momento se oyeron palabras demasiado altas y hasta canciones en el pasillo del hotel. A pesar del ambiente de distinción del Waldorf, no todos los millonarios que lo frecuentan son gentes educadas. Y los que ahora buscaban sus habitaciones debían venir de una fiesta, con demasiado alcohol.

Marjorie hizo un gesto de resignación.

—Este no va a ser un lugar demasiado tranquilo, querido. Pero mañana no oiremos más que el cantar de los grillos. ¿Me lo juras?

—Te lo juro, pequeña.

—¿Por qué no nos olvidamos entonces... de todo?

Yo dije que sí, y unos momentos después, ambos, estábamos estrechamente abrazados, mirando la oscuridad. Debía ser cerca de medianoche cuando, profundamente felices, nos dormimos.

Una hora más tarde me despertaron las pisadas de un cojo.

Resonaban arriba, sobre mi cabeza, quedamente. Alguien apoyaba todo el peso de su cuerpo en un pie, luego sobrevinía una pausa y arrastraba lentamente el otro. Aquel sonido, repetido una y

otra vez, me despertó con la sensación de estar viviendo una pesadilla. Con el rostro bañado en sudor, contemplé la oscuridad, mientras creía sentir cómo el sonido se iba centuplicando en el silencio del hotel. Sentí como un terror ciego, obsesionante y profundo, y al instante reaccioné. ¿No era absurdo sentir miedo, un pánico loco ante lo sobrenatural, cuando uno se encontraba en uno de los mejores hoteles del mundo y, además, situado en el centro de una ciudad de quince millones de habitantes?

Si hay una ciudad donde lo sobrenatural no puede existir, esa ciudad es Nueva York. Nunca he visto un sitio donde la gente viva tan pendiente de su materialismo y donde tenga tan poca fe en lo que no sea real, concreto y tangible.

¿Y yo me estaba asustando?

Descolgué el teléfono de comunicación interior y pregunté en voz baja al conserje de noche:

—Oiga... ¿quiere decirme quién ocupa la habitación situada exactamente encima de la mía?

—No podemos decirlo sin permiso del otro cliente, señor. Pero ¿es que ocurre algo?

—Sí. La persona que la ocupa está paseando durante tiempo y tiempo. Pero eso no tendría nada de particular si no fuera un cojo. Camina de una forma irregular, apoyando todo el peso en una pierna y haciendo mucho ruido. Me pone nervioso.

El conserje pareció comprender.

—Le rogamos disculpe a su vecino, señor. Dadas las circunstancias, le diré que se trata de Sam Fisher.

—¿Y quién es Sam Fisher?

—Un campeón de esquí, señor. Se rompió una pierna en las últimas competiciones, y ahora está reponiéndose. No le extrañe que aún no pueda caminar como las otras personas, señor.

Suspiré. De pronto, la pesadilla se deshacía convirtiéndose en humo. Ya no había tal cosa irreal: simplemente un campeón accidentado que estaba tratando de reeducar su pierna. Eso era todo.

—¿Quiere que le hagamos una advertencia, señor? El señor Fisher es una persona muy comprensiva, y sin duda dejará de hacer ejercicios, si se le dice que molesta a alguien. ¿Qué contesta, señor?

—Nada... —dije—. No molesten a mi vecino. Lo único que

ocurría era que me había extrañado su deseo de caminar a estas horas. Perdone.

—Perdone usted, señor.

Colgué.

Marjorie se removió a mi lado, inquieta, y abrió al fin uno de sus hermosos ojos.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Nada... Advertía al conserje que nos tuvieran preparada la nota para mañana temprano.

—¡Ah!...

Y volvió a dormirse. A mí me dio envidia aquella tranquilidad de animal joven y sano que no tiene inquietudes.

La besé suavemente en una mejilla e intenté volver a dormir también, pero no pude.

A la mañana siguiente tenía los ojos enrojecidos por el insomnio y todavía brillaban en mis sienes gotitas de sudor frío.

CUATRO

COMO había dicho a Marjorie, había que rodar unos veinte minutos sobre un camino de tierra, bordeando colinas boscosas, hasta llegar al sitio donde estaba emplazada la casita.

Parecía increíble que aquello se encontrara a tan poca distancia de Nueva York. Daba la sensación de estar en Vermont, Maine o cualquier otro sitio alejado, donde las personas ricas van a descansar y a olvidarse de sus riquezas. Como yo había dicho bien a mi esposa, la casa era un hallazgo.

Ella lanzó un grito de sorpresa y alegría al verla.

—Es preciosa —exclamó—. Se ve solo el bosque, y luego ese pequeño sendero conduce hasta ella... Una casita de cuento de hadas, eso es. Seremos muy felices aquí, cariño.

—Lo malo es que resulta algo pequeña.

—¿Y para qué queremos más sitio? Seguro que sobrarán al menos dos habitaciones. A ver, déjame la llave.

La casa, por dentro, estaba magníficamente distribuida. Había sido reformada poco tiempo antes, y no le faltaba detalle. La verdad es que cualquiera hubiese pensado que sería muy agradable, pero que muy agradable, pasar allí una luna de miel.

Sobre todo con Marjorie y con todas las cosas vistas y no vistas que tenía Marjorie.

Ella revoloteaba como un pajarillo por las habitaciones. Examinó la cocina, la monumental «frigidaire» y el moderno horno a rayos infrarrojos. De pronto, se detuvo ante una de las paredes.

—Aquí debía haber un armarito colgado —dijo.

—Pero, Marjorie... Los armaritos colgados ya son cosa pasada de moda.

Ella rio, encogiéndose de hombros.

—¡Pues claro! Tienes razón... ha sido una tontería.

No volvimos a hablar más de ello. Luego lo dispusimos todo para pasar allí una semana, y por la tarde nos fuimos a dar una vuelta y a intentar pescar en un riachuelo que pasaba por las cercanías. Por fin, como ocurre siempre que uno está en el campo, cenamos muy pronto y nos fuimos a dormir cuando todavía no habían empezado a cantar los grillos.

Descansamos muy bien.

No obstante, yo había tenido durante toda la noche una idea fija, una idea que iba y venía como un jirón de niebla, como algo que uno no puede precisar, pero no termina rodeándolo. Al cabo de bastantes horas, aquella idea terminó despertándome.

Abrí los ojos.

Por la ventana del dormitorio, que habíamos dejado entreabierta, penetraban las primeras luces de la aurora. Era una luz triste y gris, pues, al contrario de lo que muchos creen, en el campo resulta mucho menos bonito el amanecer que el crepúsculo. Fuera de la casa, en el bosque, se escuchaba el piar de los pajarillos.

Marjorie dormía a mi lado quietamente, con su respiración acompasada y tranquila.

¿Por qué diablos no podía yo estar igual? ¿Por qué no podía respirar tan tranquilamente como ella?

La idea me obsesionaba.

No era una idea concreta, pero sin embargo me dejé guiar por ella. Me levanté de puntillas, poniéndome una bata sobre el pijama, y fui a la cocina sin hacer ruido. Después de prepararme un café bien cargado, empecé a mirar las paredes de la cocina.

¿Cuál era aquella en que a Marjorie le hubiera gustado ver colgado un armarito? ¿Qué había en aquella pared, que a mí me llamó la atención ya entonces, aunque de momento no le concedí importancia?

Era la pared situada a la izquierda de la ventana.

La palpé cuidadosamente, y mi tacto confirmó lo que mis ojos creían haber notado a la clara luz de la mañana, cuando llegamos allí. A pesar de la pintura nueva y de las reformas sufridas por la casa, aun había en aquella pared las huellas de dos pequeños soportes. Sin duda, bastantes años antes, allí había estado apoyado un armarito.

No sé bien por qué, pero de pronto sentí como si todas las cosas

empezaran a dar vueltas en torno mío.

Terminé mi taza de café, intentando serenarme y poner en orden mis locas ideas.

Pero solo había una cosa que en aquel momento quisiera o pudiera hacer: hablar con la propia Marjorie.

De modo que dejé la taza sobre una mesita: y sin hacer ruido volví al dormitorio. Pero de pronto me detuve en el umbral, atónito, sintiendo que bailaban mis propios ojos.

Porque Marjorie había desaparecido.

CINCO

BUENO, me fui calmando poco a poco.

Al fin y al cabo, lo natural era que Marjorie estuviese en el baño. No bacía calor, pero resultaba lógico que hubiera querido tomarse una ducha. Confirmando esta suposición, me di cuenta entonces de que en el cuarto de baño se escuchaba muy suavemente el sonido del agua.

Suspiré.

No sabía por qué diablos me había puesto tan nervioso. En mi profesión hace falta ser un hombre sereno, un hombre que jamás pierda el dominio de sí mismo, y yo lo estaba perdiendo desde que la madre de Marjorie entró en mi despacho y me habló de su condenado sueño. Tenía que dominarme o acabaría muy mal.

Encendí un cigarrillo, procurando no pensar en nada, y esperé a que Marjorie saliera. A través de la ventana veía el bosque, muy poético y luminoso a aquella hora del amanecer. Veía también los pajarillos persiguiéndose de rama en rama, entonando el himno dulce del amor y todas esas cosas que uno lee en los libros de poesías.

¡Cuerno! ¿Por qué no salía Marjorie?

Arrojé los restos del cigarrillo, fui al cuarto de baño y llamé con los nudillos.

—Marjorie... ¡Marjorie!

Ella no contestó. Pensé, sobresaltado, que hubiera podido ocurrirle algo, pero entonces me di cuenta de que la puerta estaba entornada solamente. La abrí de un empujón.

Dentro del cuarto de baño no había nadie. El agua caliente de la ducha caía mansamente al vacío, despidiendo nubecillas de vapor.

—¡Marjorie!

No comprendía nada, absolutamente nada de lo que estaba

sucedendo. El pensamiento de que debía estar volviéndome loco penetró poco a poco en mi cráneo. En un par de minutos recorría toda la casa, abriendo de golpe las habitaciones y llamando a Marjorie a voz en grito.

Nadie contestó.

Fue entonces cuando me senté en el lecho, abrumado, sintiendo que el mundo entero daba vueltas en torno mío. Nunca había vivido una situación así, y lo peor es que nunca había esperado vivirla. Traté de reflexionar y encendí otro cigarrillo. Mentalmente me dibujé un plano completo de la casa, con el siguiente objeto:

¿Podía Marjorie haber salido del cuarto de baño, y luego de la casa, sin que yo me diera cuenta?

Sí. Efectivamente podía. Yo estaba en el dormitorio, y el cuarto de baño no daba allí, sino al pasillo. También en el pasillo se abría una puerta secundaria de la casa que salía al jardín, y desde allí al bosque que nos rodeaba por todas partes. Era perfectamente posible que Marjorie, después de ducharse —y olvidando cerrar los grifos, cosa al fin y al cabo muy femenina— se hubiera vestido para salir de la casa y dar un paseo por el bosque.

Confirmando esta idea, me di cuenta de que las ropas de viaje que ella llevaba la noche anterior ya no estaban allí.

«Estará un poco enfadada, y habrá preferido salir a pasear sola —me dije—. No comprendo qué motivo puede tener, pero a veces a las mujeres recién casadas les ocurren esas cosas.»

Aprovechando la ducha, me di por tanto un buen remojón, y me sentí enseguida más despejado. Entonces me vestí con unos pantalones, una camisa de hilo y un jersey delgado, y salí al bosque, tratando de encontrar alguna huella de Marjorie.

Me costaba mucho andar. La verdad es que, si hubiese tenido que huir de algún peligro en aquel momento, habría estado listo.

Después de caminar cosa de diez minutos, llegué a un claro del bosque, donde los árboles formaban como una pequeña plaza natural.

Inmediatamente sentí como un choque en los ojos.

De pronto, recordé el sueño de la madre de Marjorie. Recordé que ella me había hablado de todas las cosas que ahora yo estaba viendo: el bosque atravesado por la luz suave del amanecer, los árboles formando un claro y aquella especie de plaza natural.

Temblando y sintiendo que a cada paso se hacía más difícil el juego de mi cadera, avancé algo más hasta llegar precisamente al borde de aquella plaza.

En el centro estaba el ataúd.

El ataúd negro, sobre un cuidado túmulo, teniendo al lado un pesado candelabro de oro o de bronce, a cuyo extremo oscilaba temblorosamente la llama de un solo cirio.

Y el ataúd no estaba vacío.

Dentro se encontraba el cadáver de Marjorie.

SEIS

¿HE dicho cadáver?

Primero tenía que averiguarlo, tenía que saber con certeza si aquella estatua inmóvil era el cuerpo sin vida de mi amada, de la mujer que había hecho mía tan solo unas horas antes.

Temblando, me acerqué al ataúd.

Marjorie tenía los labios ya morados, y su piel estaba espantosamente blanca. Con los ojos cerrados y las manos plegadas sobre el regazo, mostraba exactamente la postura que los muertos tienen en sus ataúdes. Hasta su nariz parecía haberse afilado, como casi siempre suele ocurrir a los cadáveres.

Sentí que me fallaba la respiración, y de pronto me asaltaron unos deseos espantosos de llorar.

No me tengo por un timorato ni por un cobarde, pero creo que nadie hubiera resistido con serenidad ver, de pronto, inesperadamente, el cadáver de la mujer que poco antes correspondía a las caricias de uno, que contestaba a sus palabras ardientes y le ofrecía sus labios.

Me estremecí.

Tratando de hacer acopio de serenidad, fui junto al cadáver y le tomé el pulso para asegurarme de que no estaba en un terrible error. Pero el pulso no latía. Cuando solté el brazo, este cayó a un lado del ataúd en una postura grotesca.

Inclinándome entonces sobre el cadáver, le apliqué uno de los oídos sobre la zona del corazón.

Nada, ni un latido.

Claro que ya lo esperaba. No estuve ni siquiera diez segundos junto al cuerpo de la muchacha.

Al ponerle la mano junto a la otra, con un gesto de temeroso respeto, noté que su piel aún despedía calor. Debía hacer muy poco

tiempo que estaba muerta.

Claro que esto no hacía sino confirmarlo todo, porque solo habrían transcurrido unos quince minutos desde que yo perdí el sueño y me levanté bruscamente de la cama.

Está bien. Hasta aquí mis actos habían sido más o menos normales, y yo había logrado conservar la serenidad.

Pero a partir de ese momento, todos mis resortes nerviosos fallaron. A partir de ese momento no me avergüenza confesar que me convertí en un pobre hombre.

Sintiendo que las lágrimas llegaban a mis ojos, volví la espalda al ataúd y eché a andar temblorosamente hacia la casa. Las sienes me zumbaban igual que cuando uno cae desde una inmensa altura. Llegué a tener la sensación de pérdida del equilibrio y tuve que apoyarme en un árbol.

Sentí arcadas a causa de mi propia angustia, pero como no había comido nada desde la noche anterior pude dominarme.

Después de unos minutos de respirar profundamente, con método, fui recobrando, poco a poco, la serenidad.

Intenté pensar con calma.

Me dije que, fuera como fuese, Marjorie no había muerto por causas naturales. Para desentrañar aquel misterio y al mismo tiempo para salvar mis propias responsabilidades (lo que tampoco era grano de anís) lo primero que tenía que hacer era avisar a la policía.

En la casa no había teléfono, pero podía encontrar uno en la más próxima estación de servicio, pasadas las colinas, a unos veinte minutos, en coche, desde la casa.

Como por aquella zona había bastantes vehículos de la Patrulla de Caminos, en veinte minutos más, los agentes se habrían hecho cargo de todo aquel maldito asunto.

Ni el hecho de ser detective privado me servía de nada en este momento. Necesitaba que alguien me ayudase y pensara por mí. Yo estaba sumido en un terrible caos.

Como había caminado precipitadamente, noté que las cicatrices de la cadera volvían a abrirse. Cada nuevo paso me hacía un daño insufrible cuando llegué a la vista de la casa.

Esta se mostraba tan silenciosa, bonita y tranquila como antes. No parecía albergar ningún misterio. Diríase que estaba hecha

pensando en el amor, y sin embargo...

Abrí dificultosamente la puerta del garaje, y dentro vi el coche. Era un «Ford Falcon.» seminuevo, de poco consumo, que había comprado especialmente para mi viaje de bodas y que por su tamaño relativamente pequeño me hubiera podido ser muy útil en las abarrotadas ciudades que había de encontrar en mi ruta.

Pero, ¿quién diablos pensaba ya en un viaje de bodas?

Lo único que podía pensar era en un viaje al cementerio.

Me incliné ligeramente, porque me pareció que una de las ruedas estaba baja y lo único que hubiera necesitado en estos momentos para hacer el colmo habría sido un accidente. Palpé la llanta y, ya más tranquilo, me puse en pie.

Fue entonces, al mirar dentro del coche, cuando la sangre se me heló en las venas.

Porque había alguien en el interior del vehículo.

Porque Marjorie estaba allí.

SIETE

—**H**OLA, querido.

Dibujó una sonrisa en sus labios tentadores, y abrió la portezuela para salir del vehículo.

—Pero, ¿cómo estás tan pálido? ¿Qué te ocurre?

Yo la miraba.

No iba vestida como minutos antes, cuando la vi en el ataúd, sino de una manera muy distinta. Llevaba unos ceñidos pantalones negros, que se ajustaban diabólicamente a sus caderas y sus piernas, y sobre su busto palpitante no se había puesto más que un jersey también negro. Llevaba los labios muy ligeramente pintados, sus mejillas estaban sonrosadas, y aunque en aquellos momentos uno tenía que pensar forzosamente en otra cosa, la verdad era que estaba para comerla cruda.



Marjorie descendió del «Ford»...

Cualquier parecido entre ella y un muerto hubiera sido mera coincidencia, como se suele decir después del reparto de algunas películas.

Pero ella repitió:

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo vas... vestida así?

—¿Es que no te gusta? No creo que vaya nada indecente y, además, cariño, estamos solos.

—No, no digo eso.

—Pues, ¿qué quieres decir? La verdad es que le encuentro la mar de extraño, querido.

—Cuando me he levantado faltaban tus ropas, las ropas que llevabas ayer. ¿No le las habías puesto?

—Pues... no.

A causa de mi expresión, que reconozco debía ser muy alarmante, ella se había puesto repentinamente pálida.

—¿Dónde las guardaste?

—En el armario. ¿Por qué?

Hice un gesto brusco, salí del garaje y penetré en el cuerpo principal de la casa. Como mis movimientos fallaban, estuve a punto de tropezar en la puerta del dormitorio. Abrí el armario ropero que había junto a la cama y pude ver, cuidadosamente colgadas, las ropas de viaje. Eran las mismas que Marjorie, o quizá el propio diablo, llevaba dentro del ataúd solo unos minutos antes. ¿Cuántos? Intenté calcularlo mientras miraba como obsesionado aquellas ropas. Yo debía haber tardado unos veinte minutos en volver desde el calvero del bosque a causa de mi paso vacilante. Pero las ropas parecían estar allí desde la noche anterior. Se encontraban cuidadosamente dobladas y no había en ellas ni una mota de polvo.

Noté la respiración caliente de Marjorie en mi nuca.

—Frank... —yo me llamo Frank Purdom—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Loco, por qué?

—Te encuentro muy alterado. Y haces unas cosas realmente extrañas...

Me senté nuevamente en el lecho, donde había estado antes, e intenté recapacitar. Fuera como fuese no ganaría nada poniéndome nervioso, de eso no había duda. Busqué un cigarrillo y lo encendí con mano insegura. Era tabaco inglés, un «Navy-Cut». Su sabor a miel me fue calmando poco a poco.

Marjorie se sentó junto a mí, y tímidamente me pasó un brazo por encima de los hombros.

No sé por qué, pero su contacto me hizo temblar.

—¿Qué te pasa, Frank?

—Por favor, apártate ahora de mí un momento y mírame a los ojos. ¿Qué hacías en el coche?

—Muy sencillo. Nunca he conducido un «Ford Falcon», sino solamente coches grandes. Como recordarás, al principio de nuestro noviazgo yo tenía un viejo «De Soto» para el que nunca encontraba sitio donde aparcar. Me hacía ilusión probar un coche más pequeño, y cuando tú has entrado iba a poner el motor en marcha para oír su sonido.

—Pero tenías cerrada la puerta del garaje. Tal como estabas no hubieras podido salir a pasear con el «Ford».

—Es que tampoco quería salir, Frank. Ya te he explicado que solo quería oír a coche parado el ruido del motor.

Su voz era natural y hasta un poco dolida, cosa lógica después de todo, puesto que a ninguna mujer le gusta que le hagan preguntas sospechosas después de su noche de bodas. Pero yo no hice caso y seguí fumando el cigarrillo, mientras intentaba concentrar mis pensamientos.

—Por favor, Marjorie, no te ofendas. Pero tienes que explicarme exactamente todo lo que has hecho esta mañana, a partir del momento que has empezado a abrir los ojos.

—Si eso te hace feliz, te lo explicaré.

—Sin omitir ningún detalle, Marjorie.

—Está bien, procuraré ser lo más exacta posible. Me he despertado al amanecer, al extender un brazo y notar que tú no estabas a mi lado.

—Hasta aquí es correcto. Yo había ido a prepararme una taza de café. ¿Por qué no me has llamado?

—Pensé que habías querido vestirme ya, y he ido a darte una sorpresa al baño. Pero al no verte allí, y como tenía un poco de dolor de cabeza, he decidido darme una ducha.

—Y te has dejado los grifos abiertos.

—¿Es cierto eso? —preguntó con una encantadora expresión de ingenua.

—Sí.

—No me habré dado cuenta. En estas circunstancias, las mujeres nos ponemos un poco nerviosas y un poco tontas, ¿sabes? Luego me he secado y me he vestido con estas ropas.

—¡Ojo! ¿Has entrado en el dormitorio para buscarlas?

Ella sonrió con paciencia.

—Pero ¿es que no lo recuerdas, cariño? Esas ropas yo las tenía

en el maletín que dejamos anoche en el cuarto de baño. El que contenía todos los objetos de aseo...

—Sí, sí, lo recuerdo —dije, llevándome una mano a la frente—. O sea que no has tenido que salir del cuarto de baño para nada...

—Para nada.

—¿Qué has hecho luego?

—Abrir la puertecilla secundaria y salir al bosque. En cierto modo me ha extrañado no verte por allí, pero he pensado que a lo mejor estarías dando un paseo para despejarte. Como ni yo conozco tus costumbres ni tú las mías... Entonces he entrado en el garaje y he empezado a examinar el coche por todos lados, ya que siento mucha afición a la mecánica. Cuando me había sentado al volante e iba a poner el motor en marcha, has llegado tú con esa cara de muerto y con esas preguntas que no tienen ningún sentido. Y ahora te toca el turno. ¿Vas a decirme qué es lo que te ocurre?

—No me ocurre nada, Marjorie. Es que...

—¿Qué?

No respondí de momento. Angustiosamente, trataba de encontrar un cabo suelto en las explicaciones de Marjorie, pero la verdad es que no pude dar con ninguno. Todo aquello era absurdo, pero las cosas pudieron perfectamente haber sucedido como ella decía. En realidad, sus explicaciones concordaban con lo que desde el principio había yo pensado.

Pero, sin embargo, allí fallaba algo. Yo no estaba aún del todo loco. Lo que había visto en el bosque, lo había visto bien.

—Marjorie...

—¿Qué, cariño?

—Tú puedes conducir perfectamente el «Ford», aunque no estés acostumbrada a él. Quiero que me lleves a un determinado lugar del bosque.

—¿Y por qué no lo conduces tú?

—Creo haber hecho un mal gesto. Me duele la cadera.

—¿No se te habrá abierto otra vez la herida, Frank?

—Creo que... sí.

Ella lanzó un suspiro.

—Los hombres os pasáis la vida haciendo tonterías, cariño. Estabas ya casi bien y con tu estúpida manía de andar aprisa has vuelto a estropearlo todo. Ahora te conviene no moverte en todo el

día. Ten conocimiento.

—Antes llévame a ese lugar del bosque. Marjorie.

—Bueno, como quieras. Ya me indicarás el camino.

Salimos de la casa, volviendo a entrar en el garaje. Abrí la puerta para que pudiéramos salir. Ella se sentó al volante del «Ford», y yo a su lado. Arrancó suavemente e hizo una hábil maniobra.

—Conduces bien, Marjorie. No lo sabía.

—Es que, con tu clásica vanidad masculina, no me habías dejado el coche nunca.

—De ahora en adelante me temo que tendrás que llevarlo tú, porque yo siento un terrible dolor en la cadera apenas muevo la pierna izquierda. Sigue por ahí.

El paso entre los árboles era estrecho, pero ella sorteó hábilmente los obstáculos, a pesar de que un «Falcón» no es precisamente una caja de cerillas.

—¿Por dónde más?

—A la izquierda.

Rodamos en silencio, un silencio roto solamente por el crujir de las ramitas secas bajo los neumáticos. Marjorie tuvo dificultades un par de veces por los estrechos senderos del bosque, pero sus hábiles maniobras nos permitieron pasar. Por fin llegamos al claro del bosque, donde los árboles formaban como una plaza natural.

Mis ojos se desorbitaron.

Allí no había nada.

Solo el calvero tranquilo, solitario, donde los pájaros piaban tranquilamente, persiguiéndose sin cesar.

Yo debía tener una cara muy extraña, porque Marjorie preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Tú esperabas encontrar algo aquí. Has tenido un alivio, pero al mismo tiempo un desengaño.

—Para, por favor.

Ella paró.

Yo descendí y examiné cuidadosamente el lugar donde poco antes viera el túmulo. No había ni rastro de todo aquello, por supuesto. Vi por los alrededores unas ramitas tronchadas, pero podía perfectamente haberlas tronchado yo mismo, al andar en

torno al ataúd. Busqué también el lugar donde el candelabro había estado aposentado, pero no pude precisarlo. La hierba que el candelabro dobló debía haber recobrado ya su posición normal. Para encontrar algo más hubiera hecho falta mucho tiempo, mucha calma y una lupa. Las dos últimas cosas me faltaban a mí.

Con voz francamente alarmada, Marjorie me preguntó desde el coche:

—¿Qué buscas, Frank?

—Huellas.

—¿Huellas de quién?

—De un ataúd que hace poco estaba aquí, o algo parecido.

Marjorie lanzó un grito, y corrió junto a mí. Estaba tan asustada que sentí su cuerpo temblando en mis brazos, antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía. Sus manos se cerraron sobre mi nuca y atrajo hacia ella mi cabeza, mientras susurraba:

—Frank... Por Dios, Frank...

Me besó. Yo sentí el contacto de sus labios, y entonces me olvidé de todo. Aparté mis pesadillas, aparte el macabro ambiente en que me sentía envuelto, lo único real eran sus labios intensamente rojos, que estaban junto a los míos. Tuve un estremecimiento y los besé una vez, diez veces, con una especie de furor.

Ella correspondió a mis caricias para calmarme, pero cualquiera hubiese comprendido que estaba un poco asustada.

—Frank, debemos volver a la casa.

—Sí. Creo que tienes razón.

—Deja que te ayude.

Tenía a cada momento peor la herida de la cadera, y ya no podía dar un paso. Apoyándome en ella, llegué hasta el coche, y una vez en él me dejé caer en el diván.

—Tiene que verte un médico.

—También tienes razón.

Sin volver a la casa, fuimos directamente a la ciudad de Newark. Tras dejar el camino de tierra, salimos a una carretera concurrida, y la realidad fue entrando poco a poco dentro de mí. Continuamente nos adelantaban coches último modelo, algunos de ellos europeos, como el «Mercedes 220» que estaba haciendo furor en los Estados Unidos. En medio de toda aquella circulación, pasando por pueblo ricos y prósperos, y sumido en la contemplación de los

innumerables anuncios que jalonaban la carretera, era imposible que uno no olvidase todas las pesadillas. Evidentemente, la realidad era aquello, lo que Marjorie y yo estábamos viviendo ahora, y lo sucedido a primera hora de la mañana no pasaba de ser un mal sueño. Un maldito sueño como el que tuvo la madre de la muchacha.

Aparcamos en la calle principal de Newark a la hora en que la gente empezaba a entrar en sus oficinas, y buscamos un médico.

Este gruñó al ver que se trataba de una vieja herida de bala, y tuve que mostrarle mi licencia.

—Se le han abierto los puntos que llevaba en el interior. Aparentemente, la herida tiene buen aspecto, pero es solo por encima.

—¿Qué debo hacer?

—Por lo pronto, reposar. Métase en cama y no dé un solo paso en tres días. Llámeme urgentemente si tiene fiebre, pero me parece que no hay motivo para temer una infección. Si se está muy quieto y conserva el vendaje que le pondré, a lo mejor hay suerte y la herida cicatriza.

Me vendó las caderas igual que una momia. Después de aquello, el amor entre mi esposa y yo se convertiría en algo de lo más platónico. No podía negar que empezaba bien mi viaje de bodas.

Al salir, Marjorie dictaminó:

—Comeremos algo en la ciudad y luego regresaremos a casa. Te meterás enseguida en cama.

—No puedo oponerme. La verdad es que me siento bastante mal.

Hicimos un desayuno bastante fuerte en un *snack-bar* y luego Marjorie salió a comprar unas cosas mientras yo fumaba cigarrillo tras cigarrillo, sentado a la mesa. Regresó cargada con antibióticos, una caja de jeringuillas, una faja ortopédica y un par de almohadones suplementarios para que yo estuviese más cómodo.

—Pero, ¿qué te has creído? —mascullé—. ¿Piensas que estás casada con un vejatorio?

—Estás herido y necesitas que te cuiden.

—¡Al diablo!

—Frank, no me des el primer disgusto de nuestra vida de casados. Prométeme que vas a portarte bien.

—De acuerdo —gruñí—. Te lo prometo.

—Así no habrá discusiones.

—¿Qué llevas en ese paquete?

—Una radio a transistores. Como vas a tener que estarte unos días en cama, cosa con la que no contábamos, te aburrirás. Por eso creo que te distraerá oír la radio. ¡Ah! Y, además, he comprado también algunos libros.

—Piensas en todo, Marjorie —dije con admiración.

La verdad era que en aquellos instantes lo ocurrido por la mañana se había borrado casi por completo de mi mente.

—Y no he comprado un televisor portátil porque no tengo bastante dinero —siguió diciendo Marjorie—. De lo contrario, te lo habría traído para que tú te distrajeses.

—Eres un tesoro.

—Soy, simplemente, una esposa que no quiere desengañarte. ¿Qué tal te sientes ahora?

—Mejor. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Todo era natural, todo volvía a ser normal y razonable entre nosotros. Éramos una pareja de recién casados que se encuentran en su luna de miel, y nada más que eso. Todas las pesadillas de unas horas antes se habían esfumado en el aire.

Volvieron cuando distinguimos nuevamente la casa.

Con el garaje aún abierto, con su aspecto solitario, tenía algo que, sin saber yo por qué, me apretaba los nervios en mi garganta.

¡Si al menos me hubiera podido sentir en pleno uso de mis facultades! Pero no. Actualmente era una especie de inválido.

Marjorie encerró el coche y luego me acompañó hasta la cama. Todo resultaba ahora fastidiosamente distinto de la noche anterior, cuando nos comportamos como dos enamorados. Ahora ella se había convertido en mi enfermera, y eso me deprimía.

—Te dejaré cigarrillos y un termo con café caliente al alcance de la mano, para que no tengas que llamarme. Tú eres de esa clase de hombres imbéciles a los que avergüenza necesitar a una mujer.

—Oye, Marjorie...

—¿Qué?

—¿De veras han sucedido las cosas tal y como tú me lo has explicado esta mañana?

—¡Pero, por Dios, qué manía! No comprendo a qué viene esta

obsesión, Frank. Si quieres, para que puedas vigilarme a todas horas, dejaré las puertas abiertas.

—No he querido ofenderte, Marjorie... No es eso. Simplemente ocurre que me siento intranquilo.

—Pues si tienes una obsesión, no pienses más en ella. Escucha música y fuma un cigarrillo. ¡Ah! Y empieza una de estas novelas policíacas. Seguro que te distraerán.

En efecto, me distrajeron.

Pasaron las horas sin darme cuenta, sumido en el clima agradable que, en torno a mí, había sabido crear Marjorie. A media tarde cenamos un poco, y entonces ella se acostó conmigo, poniéndose a leer la novela que yo acababa de terminar.

Parecíamos, dentro de todo, una pareja la mar de feliz.

Ella dejó por fin el libro, soñolienta.

—¡Uf! En esta novela se habla de unas ratas. ¡Con la manía que yo les tengo! Espero que no haya ratas en el desván.

Me sobresalté.

—¿En qué desván? ¿Cómo sabes que hay un desván en esta casa?

Marjorie ya no me contestó. Había cerrado los ojos y respiraba tranquila y rítmicamente, con su sueño de persona completamente sana que yo tanto admiraba en ella.

Pero otra vez las gotitas de sudor helado volvieron a aparecer en mi frente.

La oscuridad había envuelto por completo la casa, y a través de la ventana solo se divisaba la negrura del bosque.

Estuve quieto más de una hora, conteniendo casi la respiración, hasta que de pronto oí aquellos pasos sobre mi cabeza.

OCHO

ERAN unos pasos tal y como en mi despacho los había descrito la madre de Marjorie.

Primero alguien cargaba todo su peso en un pie, y entonces se producía en el techo un golpe sordo. A continuación, apoyándose en ese pie, el sujeto que estaba sobre mi cabeza movía poco a poco la otra pierna, arrastrando la suela sobre las labias del piso. Dio así unos cuantos en círculo, exactamente por encima de nosotros.

Marjorie, a la que yo miraba de reojo, seguía durmiendo. No se había enterado de nada.

Las gotitas de sudor que brillaban en mi frente iban ahora deslizándose hacia mis ojos.

El sonido de aquellos pasos era distinto del que produjo el esquiador lesionado en su habitación del Waldorf. Este sonido era más concreto, más siniestro. Era el que produciría un hombre que nunca hubiera podido usar de sus dos piernas.

Intenté moverme para saltar del lecho, pero los dolores de antes se reprodujeron. La verdad era que estaba listo. Apoyándome en las paredes podría avanzar, pero caso de encontrarme con alguien, yo no sería más que un inútil. Me parecía como si todo un lado de mi cadera estuviese envuelto en fuego.

—¡Marjorie! —llamé quedamente—. ¡Marjorie!

Ella, con un delicioso mohín, se despertó.

—No hagamos tonterías, cariño...

—Para bromas estoy, Marjorie. ¡Escucha!

—¿Escuchar qué?

Me di entonces cuenta de que los sonidos habían cesado. Solo el silencio del bosque envolvía la casa.

—¿Qué he de escuchar? —preguntó Marjorie—. ¿Los grillos, tal vez? Tampoco tiene gracia.

Cambié el rumbo de mis preguntas.

—¿Cómo sabías que en esta casa hay un desván?

—¿Saber yo? ¿Cómo iba a saber nada, si no he estado aquí jamás?

—Tú has dicho antes que esperabas que no hubiera ratas en el desván de la casa.

—Lo habré dicho sin darme cuenta. En aquella novela se hablaba de ratas y de desvanes, y quizá por eso... Pero, ¿quieres decirme de una vez qué es lo que ocurre, Frank? ¡Me estás volviendo loca!

Con gran esfuerzo, logré ponerme en pie.

—Hay alguien en la casa, Marjorie.

—¿Alguien? ¿Dónde?

—En el desván.

—Pero, ¿hay un desván aquí?

—Desde fuera no lo parece, pero tiene que haberlo. Y hemos de encontrar la entrada.

Ella aún estaba medio sumida en sueños. Yo se lo notaba por el aspecto nublado de sus ojos.

—Ten cuidado, Frank. No hagas tonterías. Siempre me han dado miedo esos horribles relojes parados.

—¿Relojes... parados?

Ella se había sentado en la cama, y, llevándose una mano a los ojos hacía esfuerzos por despabilarse. Yo tenía los nervios tan en tensión que era incapaz de hilvanar dos ideas. Solo sabía que aquello de los relojes parados me había dejado con una sensación de frío en la nuca.

—Si es que el diablo se está riendo de nosotros, tengo que encontrar al diablo ahora mismo —dije, apretando los dientes—. Voy a buscar la entrada del desván, Marjorie.

Fui mirando detalladamente el techo de todas las habitaciones. Por fin, en una de las que no habíamos ocupado, encontré la entrada, como no podía ser menos. Consistía en una trampilla cuadrada abierta en el techo y pintada del mismo color que este, por lo que había que fijarse bien para distinguirla. Existía, pues, un desván en la casa, aunque en él no se escuchaba ahora el menor sonido.

Puse una silla bajo la trampa, me encaramé a ella

trabajosamente y empujé hacia arriba. La trampilla se abrió, dejando ver un espacio negro. Me colgué de los bordes y trepé a fuerza de brazos.

Como en los brazos no tenía lesión alguna, y además soy bastante fuerte, pude pasar medio cuerpo a través de la trampilla. Vi una zona penumbrosa bajo las tejas de la casa. Entraban resquicios de luz lunar por uno de los adornos de la fachada, que en realidad estaba destinado a dar un poco de aire a aquel recinto. Algunos objetos polvorientos, que a primera vista no podía identificar, se perfilaban allí.

Pero no había ninguna figura humana.

Acabé de trepar, utilizando exclusivamente la fuerza de mis brazos y haciendo girar muy poco a poco mi pedazo de cadera inerte. Empleé en ello tres largos minutos, lo que me permitió irme acostumbrando a la semioscuridad de aquel recinto. De rodillas en el suelo, extraje el encendedor que, como de costumbre, llevaba en uno de los bolsillos del pijama, por si mientras iba vestido con él quería fumar un cigarrillo. La llamita alumbró el polvo que cubría las tablas del suelo, en el cual había algunas huellas muy peculiares. Huellas de un pie masculino y luego otras como producidas por un pequeño disco, sin duda la base de una pata de madera.

No cabía duda. Alguien había estado allí. Los sonidos que yo acababa de oír no habían sido producto de una pesadilla.

¿O tal vez alguien estaba allí aún?

Sabiendo que si me atacaban no podría defenderme apenas, escruté la penumbra ansiosamente. Había allí una vieja mecedora que aún se movía. No sé por qué, las mecedoras siempre han tenido para mí algo de misterioso y siniestro, especialmente cuando se mueven aún sin que nadie las ocupe. Parece como si acabara de dejarlas un muerto. Vi también un par de viejas sillas desvencijadas... y dos grandes relojes de comedor, de los de carillón.

¡Dos relojes que estaban parados a la misma hora!

* * *

Sentí un estremecimiento, y tuve que apagar el mechero porque ya me quemaba en la mano derecha. De pronto, la oscuridad se hizo casi impenetrable a mi alrededor, y con todos los sentidos en

tensión, sabiéndome indefenso, escuché para advertir el ataque que podía llegarme desde cualquier punto de las tinieblas.

No se oía nada.

Pero lo que más me extrañó fue no oír abajo la voz de Marjorie.

Lo natural era que ella estuviese al pie de la trampa, preguntándome qué ocurría. Pero no era así. Con los músculos tensos, aguardé casi un largo minuto. De pronto mis nervios se relajaron.

Acababa de oír los pasos de Marjorie, que sin duda había estado calzándose.

—¡Frank! ¡Frank! ¿Estás ahí?

—Sí, Marjorie.

—¿De modo que había un desván?

—Y bastante grande.

Me sentía más tranquilo. El encendedor se había enfriado ya, y podía encenderlo nuevamente. Me puse en pie mientras hacía brotar la llamita, y examiné todos los rincones.

Sin duda, no había nadie.

Pero ¿por dónde había huido el cojo? Por la trampilla no, porque no había tenido tiempo material. ¿Dónde infiernos estaba?

Palpé las tejas, sabiendo que algunas de ellas tenían que estar flojas, y en la parte derecha las encontré. Eran un conjunto de seis u ocho, suficientes para permitir el paso de un hombre. Sin duda el cojo había empezado a retirarlas cuando yo desperté a Marjorie, saliendo y volviendo a colocarlas mientras yo buscaba la trampilla. No debía haberle sobrado tiempo, pero tampoco le había faltado, sobre todo si conocía bien la situación de aquellas tejas.

Desmonté una, la que parecía ser base, y recordé entonces que los judíos de Varsovia, cuando los alemanes los perseguían, solían ocultarse bajo las tejas. ¿Era tal vez aquel hombre un superviviente del *ghetto* polaco? ¿A qué clase de extraño ser tenía que enfrentarme?

A través del pequeño hueco, escruté la parte visible del bosque. No se distinguía a nadie en los alrededores de la casa. Quien fuera, había tenido tiempo sobrado para huir.

Examiné entonces los dos relojes. Estaban cubiertos de polvo — un polvo de muchísimos años, que había formado en su superficie como una costra— y ambos estaban parados exactamente a la

misma hora: las cinco y cinco minutos. Toqué las cadenas que sostenían los pesos, las cuales estaban como agarrotadas. Era evidente que aquellos relojes no se habían tocado en veinte o veinticinco años.

Me di entonces cuenta, también, de que el desván no había sido afectado por el remozamiento general de la casa. Las tejas habían sido reparadas solo desde fuera, y las bajísimas paredes del desván estaban cubiertas de costras de suciedad. Sin duda, los que arreglaron la casa habían olvidado el desván por completo. Ni siquiera parecían haber entrado en él.

Pensativamente, saqué las piernas por la trampilla y me dejé caer, colgándome de ambos brazos. Con muchas precauciones, puse los pies en la silla y descendí de esta.

Marjorie estaba al otro lado de la habitación, mirándome con ojos espantosamente fijos, muy pálida.

—¿Qué había ahí, Frank? O mejor dicho: ¿has encontrado a alguien oculto?

—No. Quien fuese, había tenido tiempo de huir.

—Pero, ¿por dónde? Si se llega a descolgar por ahí, yo lo hubiera visto caminando por la casa.

—Ha separado unas cuantas tejas que sin duda conocía, abriendo un hueco y dejándose resbalar hasta el borde del tejado. Desde allí no le habrá sido difícil saltar a tierra, porque la casa tiene un solo piso. A estas horas estará ya saliendo del bosque por el otro lado.

—Pero, ¿quién podía ser? ¡Dios mío! ¿Quién podía ser?

—Eso no me importa ahora.

Marjorie me miró, atónita, con los ojos muy abiertos, como si yo acabase de decir una barbaridad.

—¿No te importa?...

—Ahí arriba hay algo mucho más intrigante aún. Marjorie, es preciso que hablemos claro.

—¿De qué hemos de hablar? ¡Cielos! ¿Es que piensas... que te oculto algo?

—Quizá ni tú misma le das cuenta, pero me lo ocultas.

—No le entiendo...

—Ahí arriba había dos relojes.

—¿Y qué?

—Tú has dicho antes, medio dormida, que te daban miedo esos horribles relojes parados.

Yo sentí un estremecimiento en la espina dorsal al decir estas palabras. Me daba cuenta de que nos envolvía un clima de misterio, un clima de angustia, del que ninguno de los dos nos podríamos librar. Marjorie se llevó las manos a los ojos.

—Frank...

—Habla.

—¿De veras había ahí dos relojes parados?

—Puedes verlos tú misma.

—Entonces, es cierto... Ahora me doy cuenta de muchas cosas, de muchos detalles que me parecían como vistos en sueños, Frank. Yo he vivido antes en esta casa.

—¿Cuándo?

—Hace muchos años... La casa, entonces, era algo distinta, y por eso no la he reconocido en el primer momento. Pero esta es la casa en que yo nací. La casa en que asesinaron a mi padre cuando a mí aún me faltaban unos meses para venir al mundo.

Entreabrió un poco las manos con que se cubría los ojos y yo vi sus pupilas brillantes, increíblemente oscuras en este momento.

—Esos dos relojes estaban antes en el comedor, y en la cocina había un armarito colgado... Mamá paró los relojes a la hora justa de la muerte de mi padre. ¡Pobre hombre! ¡Qué fácil resultó matarle! ¡Matar a un hombre que no podía apenas andar, que no era sino un pobre cojo!...

NUEVE

EL frío que ya otras veces había sentirlo en la nuca pareció convertirse en una cosa sólida. Mi nuca entera se convirtió en hielo, los cabellos se me erizaron. Pregunté a Marjorie:

—¿Cojo?...

—¿Por qué te extraña tanto? ¿Por qué... me miras así?

No recordaba si le había dicho que era un cojo el que se movía en el desván, pero en todo caso no quería repetírselo. Marjorie estaba asustada, por lo menos tan sinceramente asustada como yo. Y lo que la asustaba era la expresión que estaba viendo en mi rostro.

—Perdona. Me parece que los dos estamos algo nerviosos.

—¿Quieres que dejemos esta casa? ¿Quieres que volvamos a Nueva York?

—Tal vez sería lo mejor, pero... entonces las cosas quedarán sin solucionar.

—¿Qué cosas?

—No sé, todo esto... El misterio que te rodea a ti misma.

—A mí no me rodea ningún misterio, Frank. No sé de qué estás hablando...

Me acerqué a ella y le oprimí ambos brazos. Sin darme cuenta, debí apretar demasiado. Vi en su rostro una crispación de dolor.

—Marjorie, dime la verdad... Repasa tus recuerdos. ¿Tú tienes alguna hermana gemela?

—Pero, ¿qué cosas tan extrañas estás diciendo? ¿Hermana gemela? No, yo soy hija única.

—¿Seguro?

—Tú mismo arreglaste mis papeles en el Registro Civil, antes de la boda. Lo viste. Si yo hubiera tenido una hermana nacida en el mismo día, junto a la mía habría habido otra inscripción semejante.

—Tienes razón. Y no la había.

—¿Por qué... me has preguntado eso?

—Porque la existencia de una hermana gemela tuya habría aclarado muchas cosas. Pero ya veo que no existe.

Ella se llevó una mano a la frente.

—Frank, tengo la sensación de que los dos nos estamos volviendo locos.

—Pero, ¿tú estás junto a mí, Marjorie? ¿Tú estarás a mi lado, ocurra lo que ocurra?

—Sí, Frank.

Me echó suavemente los brazos al cuello, y yo sentí en los míos la tibieza de sus labios. Bruscamente, uno de los motivos fundamentales de mi temor —que era la sensación de que ante aquel misterio estaba yo completamente solo— desapareció como por encanto. Me di cuenta de que, ocurriera lo que ocurriera, Marjorie estaba junto a mí. Y juntos podíamos aclarar muchas cosas, una infinidad cosas.

—Frank, volvamos a Nueva York —suplicó ella.

—Es posible que nos convenga volver, pero esperaremos a que amanezca. Mientras tanto, cerraremos bien todas las puertas y ventanas. ¿Crees que las persianas y las cerraduras son sólidas?

—Yo creo que sí, Frank. Esta es una casa aislada, y supongo que el que la construyó habrá pensado en la necesidad de que nadie entrara en ella. Incluso las persianas son metálicas.

—Tienes razón.

—Pero si alguien quiere entrar podrá hacerlo por el mismo sitio de antes, es decir, retirando las tejas.

—Como no pienso dormir, oiremos el ruido.

—Pero antes no lo ha hecho, ¿verdad?

—Tienes razón. Quien sea, debe poseer una gran agilidad y unos brazos muy fuertes. Veamos... La trampilla se abre hacia arriba. ¿Tienes papel engomado?

—Siempre llevo en el equipaje, por si hay que hacer algún paquete. Espera, voy a ver.

Regresó al cabo de unos instantes con un rollo de ancho papel engomado. Debía haber comprendido ya mi idea, porque ella misma subió a la silla y puso papel engomado en todo el perímetro de la trampilla, una vez cerrada esta. Si alguien quería abrir desde

arriba podría hacerlo, sin duda, pero para vencer la resistencia del papel engomado tendría que hacer bastante ruido. Con esto era suficiente para nosotros.

—Y ahora, Marjorie, prepárame, por favor, una taza de café, mientras yo cierro puertas y ventanas.

—Sí, cariño.

Fue hacia la cocina, y la oí trajinar durante unos instantes, mientras yo bajaba en cada ventana las persianillas metálicas y me aseguraba bien de su funcionamiento. Tranquilo ya, regresé a la cocina, que era el único sitio donde aún debía haber una ventana abierta.

De pronto, me detuve atónito en el umbral.

Marjorie ya no estaba allí.

La ventana estaba abierta, desde luego, y sus cortinillas oscilaban a impulsos de la suave brisa de la noche.

DIEZ

LA cafetera estaba preparada y funcionando, y todo parecía indicar que Marjorie se había ausentado solo un instante y por su propia voluntad. No había en la cocina el menor signo de desorden. El café empezaba a oler aromáticamente.

Desenchufé el aparato maquinalmente y miré a través de la ventana. No se veía nada, absolutamente nada. Solo la barrera de los árboles del bosque, que ahora parecía impenetrable.

¿Qué fue lo que guio mis pasos a partir de esos momentos? ¿Qué fue lo que me hizo comprender que tendría que ausentarme de la casa?

Fui al cuarto de baño y me mojé un poco el rostro, pasándome a continuación un cepillo por los cabellos. Hecho esto me vestí sumariamente con las mismas ropas que llevaba antes. Abrí la puerta y salí, desdeñando la ventana de la cocina.

¿Qué extraño poder guiaba mis pasos? ¿Qué estremecedor impulso me orientaba?

Lo cierto es que caminé por el bosque. Lo hice poco a poco, como temiendo llegar al claro entre los árboles. Oía mis pisadas sobre las ramitas secas, y cada susurro del aire entre las hojas me traía como un estremecimiento.

Me estaba destrozando la cadera, pero ya casi no sentía dolor. Estaba exactamente igual que si me hubieran administrado una droga.

Llegué al calvero del bosque, y allí me detuve, con todos los nervios en tensión.

En realidad, desde antes de llegar ya había visto lo que me esperaba. Ya había visto el resplandor del cirio, aquel resplandor mortecino de la llamita que la suave brisa hacía oscilar, a punto de apagarla.

El ataúd estaba allí.

El ataúd, el candelabro que ya conocía. Todo.

Incluso Marjorie.

No necesité acercarme como la otra vez. De pronto, me sentí desesperadamente solo, y las fuerzas me abandonaron. Estuve a punto de caer de rodillas y sentí un frío espantoso, como si la sangre se me hubiera helado en el cuerpo.

Dando media vuelta, tambaleándome, presa del más horrible vértigo, conseguí llegar a la casa.

Mientras tanto, una ráfaga de viento había apagado el cirio al extremo del candelabro.

Sentí miedo por Marjorie, que había quedado tan espantosamente sola.

Pero me faltaban fuerzas para volver.

ONCE

APENAS pude levantar la puerta del garaje y acercarme al «Ford Falcón», que estaba en el interior.

Creí ver una sombra en el asiento posterior, y todos mis sentidos se erizaron. Di la luz y me aseguré, pero había sido una alucinación. Dentro no había absolutamente nadie.

Me senté al volante, dominando mis dolores y comprobé en el *tablier* que quedaba suficiente gasolina para volver a Nueva York. Hecho esto, puse el automóvil en marcha, maniobré y salí rápidamente, enfilando el sendero que me llevaría a la carretera general.

Veinte minutos después rodaba en dirección a Newark, por la espléndida calzada flanqueada de anuncios que ahora, con la pintura fosforescente, resultaban luminosos. Me di cuenta de que varios paradores tenían aún bastante animación, y eso me extrañó. Pero al consultar mi reloj vi que eran solamente las doce de la noche.

Por haberme acostado a media tarde, me pareció que llevaba una eternidad en la cama cuando empecé a oír los ruidos en el desván. Pero aún era relativamente pronto.

Dejando atrás Newark, donde no me detuve ni un solo instante, rodé hacia Nueva York a la máxima velocidad permitida.

No viajaba al azar, sino con un plan preciso dentro del caos en que me hallaba sumido. Pensaba ir a dos sitios, el primero de los cuales era el despacho del fulano que me había alquilado aquella finca. El segundo, la pensión donde se alojaba la madre de Marjorie.

Hubiera podido, en principio, ir a la policía, pero siendo detective privado eso me causaba una especie de vergüenza. Además, lo lógico era que no me creyesen una sola palabra.

La oficina del tipo que me había alquilado la casita, estaba en la

Doce Avenida. En la puerta figuraba su nombre sobre una placa:

«Hufford, Compra, Venta y Alquiler de Fincas».

Como en la misma casa había una oficina de seguros que tenía retén toda la noche, además de la Redacción de un modesto periódico matutino, el conserje aún estaba en su puesto. Ni siquiera me miró cuando pasé frente a él hacia los ascensores del fondo.

La oficina de Hufford estaba en el piso nueve. No tenía esperanzas de encontrar a nadie, pero, a veces esos fulanos que viven de su propio negocio trabajan por la noche, y yo lo sabía por experiencia. Valía la pena probar.

En efecto, la puerta de la oficina estaba abierta, aunque ajustada. En el vestíbulo de recepción, donde yo recordaba que había cuatro empleadas la mañana en que fui a alquilar la finca, no había ahora nadie, y se encontraba todo completamente a oscuras. A ese vestíbulo daban los dos despachos, los dos con luz detrás de sus cristales esmerilados.

Me dirigí primero al de la izquierda, donde aquella mañana estaba un jovenzuelo rubio que debía ser el secretario de Hufford, y con el que me entendí para todo lo relacionado con la casita.

Empujé la puerta, y vi el despacho completamente en orden, pero sin nadie. Las sillas estaban en la misma posición en que yo las encontré aquella mañana. La mesa bien limpia, los ceniceros bien dispuestos. Solo faltaba allí el tipo rubio, que por cierto aquella mañana fumaba como una chimenea.

En vista de ello, fui al despacho contiguo y empujé la puerta. Según anunciaban unas letras sobre el cristal esmerilado, aquel era el despacho privado de Hufford.

Lo vi sentado tras una enorme y maciza mesa, con los brazos sobre los del sillón y mirando con curiosidad hacia la puerta.

Debía ser un hombre de unos cincuenta años, pero vigoroso y fuerte. Aún tenía los cabellos completamente negros. No estaba grueso, pero su postura de absoluto descanso lo hacía parecer.

Él también me miraba a mí, y desde luego con más motivos.

—¿Quién es usted? —me preguntó—. ¿Por qué ha entrado de noche en esta oficina?

—Supongo que usted es míster Hufford.

—El mismo. ¿Y qué?

Noté que su mano izquierda iba suavemente hacia el teléfono. Hice un gesto para tranquilizarle.

—No llame a la policía. ¿No comprende que, si mis intenciones fueran hostiles, yo no me habría mostrado tan claramente?

—Entonces, diga qué quiere. Estoy solo aquí, y no me gusta recibir visitas cuando faltan mis empleados. Si tiene algún asunto con nosotros, vuelva mañana, o mejor dicho hoy, a partir de la ocho.

—Precisamente soy cliente de ustedes.

—No le conozco.

—Me atendió un joven rubio que estaba en el despacho contiguo.

—Ah, sí...

A pesar de todo, Hufford no se levantaba ni mostraba la menor cordialidad, de modo que me senté al otro lado de la mesa y deposité sobre ella mi licencia de detective privado, que el otro examinó.

—Frank Purdom... —dijo recordando—. Ese nombre me dice algo... Ah, sí, usted trabajó en un asunto muy sonado de tráfico de drogas. Se portó bien y no desdeñó el peligro. Le metieron un balazo en una pierna, ¿no?

—En una cadera.

—¡Vaya! ¿Qué le trae por aquí, señor Purdom? —de pronto, sus modales se habían suavizado mucho—. No creo que mi oficina sea objeto de ninguna investigación, pero si alguien tuviera interés en meter las narices en mis asuntos, le advierto que no lo consentiría. Yo soy un negociante honrado, y además estoy respaldado por buenos abogados, señor Purdom.

—No he venido a investigar nada. Ya le he dicho que soy cliente de ustedes, y hace muy poco alquilé una casita cerca de Newark. La casita está situada en un punto llamado bosque de Stims.

—¿Tiene alguna queja?

—No.

—Entonces...

—Quiero saber a quién pertenece esa casa y a quién perteneció antes... Qué persona le ha ordenado a usted administrarla. En fin, necesito que me hable un poco de la historia de esa finca.

—Los datos que usted me pide son reservados, señor Purdom. Compréndalo.

—No se trata de perjudicar a nadie, se lo aseguro. Y hay algún dinero a ganar. ¿Le hacen cien dólares?

Yo estaba nervioso, e hice la oferta a destiempo, antes de lo que convenía. Habitualmente, soy muy cauteloso al ofrecer dinero, pero esta noche cualquiera en mi lugar hubiese perdido la calma. Aquella oferta lo único que consiguió fue despertar en el fulano un sentimiento de alerta.

—No contestaré a ninguna de sus preguntas, señor Purdom.

—Pero...

—Verá. No es usted la única persona interesada por esa finca. Esta misma tarde ha estado aquí alguien que quería alquilarla. Me ofrecía el doble de lo que ha pagado usted.

—¿Quién? —pregunté, pensando que allí podía estar la solución de todo—. Dígame: ¿Quién?

Él, sin palabras, me tendió una tarjeta.

—Como la operación no se hizo, no tengo inconveniente en mostrarle la tarjeta que dejó esa persona —dijo a continuación—. Espero que le sea útil. Pero ¿qué le ocurre, señor Purdom?...

Yo estaba mortalmente pálido.

Mi mano derecha temblaba.

Porque en la tarjeta acababa de leer el nombre de la madre de Marjorie.

DOCE

HUFFORD gruñó:

—¿Qué le ocurre? ¿Conoce a esa mujer?

—Sí.

—Se ha puesto muy pálido. ¿Es que hay algún asunto oscuro oculto tras todo esto? Si es así, le advierto que no quiero líos. Le devolvería gustoso lo que ha pagado de alquiler, si dejara libre la casa.

A mí me costaba trabajo respirar. He intervenido en muchos casos y tengo fama de no ser un mal detective privado, pero no me avergüenza confesar que nunca me había sentido tan perdido como en aquel instante. Mis pensamientos iban como enloquecidos de un sitio a otro, sin saber dónde detenerse. Creo que estaba al borde de un ataque de nervios.

¡Y la cadera me dolía como si en ella llevase clavado un hierro al rojo!

—Quiero visitar a esa mujer —dije, poniéndome en pie.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor. Pero no tema, porque no le diré que antes he estado aquí. Ella y yo somos parientes, y puedo visitarla en cualquier momento. Voy a la «Pensión Doria».

—¿«Pensión Doria»? —preguntó el tipo—. No me dio a mí esa dirección. Me dijo que había estado en una pensión, eso sí; pero que tenía alquilado desde unas horas antes un apartamento.

—¿Dónde? —pregunté ansiosamente—. ¿No recuerda la dirección actual? ¿Se la dio ella?

La única posible pista que yo tenía para intentar desentramar aquel embrollo, aquella pesadilla, era la madre de Marjorie, y me horrorizaba la idea de perder su rastro entre los quince millones de habitantes de Nueva York. Si aquel hombre no recordaba su

dirección, ya jamás volvería a dar con ella.

Pero Hufford parecía recordarla.

—Me dijo que estaba en la calle Sesenta y Dos Oeste... Sí, ahora recuerdo. La calle Sesenta y Dos Oeste, exactamente. El número ciento veintiséis, apartamento cuarenta.

—Tiene buena memoria, amigo. Gracias. No sabe de qué apuro acaba de sacarme.

—Los que negociamos en fincas hemos de tener buena memoria para las direcciones. ¿Se marcha?

—Sí, pero no tema ninguna complicación. No daré su nombre.

Ignoro si aquel tipo quería acompañarme hasta la puerta, aunque no lo creo. En todo caso, yo no le di tiempo. Arrastrando mi pierna como pule, salí velozmente del despacho, y un momento después estaba en el ascensor, llegando a la planta baja.

Ahora mi cadera sangraba, y yo notaba unas gotas de líquido caliente corriéndome por la pierna izquierda. Se me habían abierto, incluso, las cicatrices externas. Seguro que un médico se hubiera llevado las manos a la cabeza caso de ver lo que estaba haciendo... ¡pero tenía que seguir!

Me acomodé con trabajo ante el volante y arranqué por las calles semidesiertas, en dirección al apartamento que había alquilado la madre de Marjorie. Solo funcionaban unas pocas luces de circulación, y pude llegar a la calle Sesenta y Dos Oeste en unos veinte minutos. El número ciento veintiséis correspondía a una casa nueva, bastante lujosa, de apartamentos coquetones, uno de esos sitios donde, me hizo el efecto que nadie pregunta nada a nadie.

Si la madre de Marjorie se había hospedado allí, lo había hecho con un propósito de huida. Pero, ¿por qué? ¿Qué peligro corría? ¿Y por qué se había interesado ella también en la casa?

El conserje de noche no me miró más allá de un par de segundos cuando pasé junto a él, fingiendo un paso lo más natural posible. Los ascensores estaban al fondo, y eran cuatro. Tomé el de la izquierda.

El apartamento cuarenta estaba en el sexto piso, y llegué allí casi inmediatamente. La puerta estaba cerrada; llamé con los nudillos.

Nadie me contestó. La madre de Marjorie debía haberse dormido.

Volví a llamar.

—Soy yo, Frank... —dije junto a la puerta—. ¡Abra!

Nadie abrió tampoco, y entonces me fijé en que por debajo de la hoja de madera se filtraba luz. Tomé entonces una decisión, mientras miraba a todas partes, conteniendo el aliento.

Detrás de todas las puertas no había más que silencio, excepto en una que dejaba pasar muchas carcajadas y gritos. Sin duda, en aquel apartamento se estaba celebrando una juerga, y no precisamente de hombres solos. Eso me reafirmó en mi opinión de que allí nadie se fijaba en nadie. Descolgué la pequeña palanquita que siempre llevo acoplada al cinturón y trabajé durante unos segundos en la cerradura. He abierto tantas en mi vida, desde que soy detective privado, que esta no resistió apenas. Un minuto escaso después, escuchaba un «clic» y la puerta quedaba abierta.

El interior era un apartamento bien amueblado, pero con un estilo coquetón y hasta un poco perverso. No parecía el ambiente adecuado para una mujer de edad como la madre de Marjorie. Había divanes, luces indirectas y espejos por todas partes.

Fue precisamente en uno de aquellos espejos donde la vi reflejada.

Bueno, no toda.

Vi su cabeza y una mano solamente, pero fue bastante para que se me helara la sangre en las venas. La madre de Marjorie estaba tendida en el suelo y tenía el rostro vuelto hacia uno de los espejos, donde se reflejaba. De sus labios quietos, horrorosamente quietos, brotaba un hilillo de sangre. Su mano había quedado crispada en el aire igual que una garra.

Quise respirar profundamente, y mi inspiración produjo un silbido. El dolor de la cadera cesó de pronto. Sentí que todo daba vueltas.

Cautelosamente, me acerqué al cadáver, que yacía justamente junto a la puerta del cuarto de baño. A la madre de Marjorie la habían matado de un tiro en la espalda, tiro que debió atravesarle el pulmón, produciéndole una hemorragia a través de la boca. Debí darse cuenta de que moría, y por eso tenía las manos angustiosamente crispadas. En cuanto al disparo debió ser hecho a muy poca distancia y con silenciador, pues de otro modo no se comprendía que no hubiera llamado la atención en los

departamentos vecinos. No había desorden ni huellas por ninguna parte. Sangre, sí; todo el suelo del cuarto de baño estaba impregnado de sangre.

Con todo cuidado me incliné sobre el cadáver, para tratar de averiguar la hora de su muerte. Toqué la piel, que ya estaba fría, y en ese momento una voz dijo a mi espalda:

—No siga tocando, amigo; era demasiado, vieja. Levante las manos por encima de su cabecita y vuélvase...

¡La policía!

Solo un fulano de la «bofia» habla en voz tan alta delante de un muerto, pues cualquier otra clase de tipo teme ser descubierto. Ya antes de volverme, supe que estaban allí los de la Brigada de Homicidios.

¿Pero cómo? ¿Por qué tan pronto? ¿De qué forma podían haberse enterado de que allí había una mujer muerta?

Una especie de sorda desesperación, y una rabia frenética, se apoderó de mí.

No pensé que iba a ser imposible escapar. Solo me dije que, si los de la Brigada me llevaban con ellos, iban a tener motivos para acusarme de asesinato en primer grado. Ni yo podía explicar razonablemente mi presencia allí, ni por qué había abandonado a mi esposa, ni nada de lo ocurrido en la casa del bosque tendría lógica a oídos de aquellos orangutanes. Se estarían riendo de mí veinticuatro horas seguidas, hasta que me pusieran a disposición del fiscal, y mientras tanto... ¿qué habría sido de Marjorie? ¿Estaría verdaderamente muerta? ¿Qué clase de combinación satánica iba a tener lugar en la casa solitaria del bosque?

Necesitaba huir.

Obré como un verdadero loco, y eso fue lo que me hizo ganar la primera parte de la jugada. El «polizante» que estaba detrás mío se sentía muy seguro y por eso me apuntaba con negligencia, como había visto hacer en las películas. De pronto, yo mojé mis dedos en la sangre del cadáver y le salpiqué a los ojos unas gotitas, volviéndome bruscamente.

Ni una carga de dinamita hubiera producido tal efecto en el policía. Lanzó un aullido de asco y de terror, mientras se llevaba las manos a la cara y soltaba la pistola. Yo di un puntapié a esta, apoyándome como pude, y luego empujé al agente con todas mis

fuerzas.

Cayó sobre otro que corría a ayudarlo, y los dos rodaron por el suelo, lanzando maldiciones. Todo esto ocurrió en menos de cinco segundos.

Tenía la salida libre, al menos de momento. Mientras los dos tipos se incorporaban, yo llegué a la puerta. El ascensor no estaba allí, y pensar en las escaleras me produjo horror y una sensación de vértigo. Pero no tenía otro remedio.

Oí detrás la voz de uno de los policías:

—¡Oye, es Purdom! ¡Es Frank Purdom en persona!

Me habían reconocido, y eso significaba que estaba listo. Pero lo que me importaba era salir del mal paso ahora, esta noche, y si lograba escapar de la casa, ellos ya no podrían encontrarme. Apoyándome en la barandilla, me dejé deslizar por ella como un niño o un borracho.

La misma sensación de vértigo me hacía descender con rapidez. Tenía los ojos cerrados, y yo no sé cómo no caí por el hueco de la escalera y me hice astillas el cráneo. Pero de pronto me encontré en la planta baja, mientras los dos policías trotaban detrás mío. El conserje estaba extrañado, pero no se había movido de su sitio.

El policía que antes me había reconocido ardió:

—¡Quieto, Purdom! ¡No sea loco! ¡Quieto!

Como no hice caso, disparó.

Yo sentí la bala en una pierna.

TRECE

EN aquel momento sucedieron dos cosas: sentí un dolor agudísimo, como si me hubiera clavado un hierro al rojo en la piel, y vi mi automóvil detenido junto a la puerta.

Ver el coche, que podía significar mi salvación, me dio fuerzas. Tenía que llegar allí... ¡Tenía que llegar!

El agente volvió a disparar, pero, falló el tiro porque yo vacilé y estuve a punto de caer. La bala, disparada con una mala baba impresionante, me rozó la cabeza.

Esquivé al conserje, que intentaba detenerme sin mucha convicción, y eso significó mi salvación momentánea. Porque el hombre quedó un momento quieto y atravesado en la línea de tiro de los agentes. Estos no se atrevieron a apretar sus gatillos de nuevo.

Llegué al coche con las llaves de contacto va en la mano. Encendí, y el motor de arranque funcionó maravillosamente. Un segundo de retraso y el «Falcon» se hubiera convertido en mi ataúd, porque los de la Brigada estaban convencidos de perseguir a un asesino, y no se andaban con chiquitas. Metí directamente segunda, para obtener enseguida más velocidad, aún a costa de que el coche se me calase, y salí disparado y arañando el vehículo que estaba estacionado delante de mí. Sentí mucho hacer eso porque el coche aparcado no tenía ninguna culpa, pero así conseguí protegerme.

Los dos agentes me enviaron una andanada desde la acera, antes de subir a su vehículo. Pero yo ya había lomado la primera curva sobre dos ruedas, mientras las gomas chirriaban lastimosamente.

Ahora tenía que escapar de la cacería que se organizaba. Tenía que salir de Nueva York antes de que esta se transformase para mí en un cepo.

Pero, ¿a dónde ir?

¿A la casa del bosque, donde no me esperaban más que una muerta, un ataúd y un cirio?

¿A decirle a Hufford que su cliente había sido asesinado e intentar arrancarle algún dato más?

¿Tal vez me convendría dejarme atrapar y confiarme a la policía?

No, eso no, porque me harían perder demasiado tiempo, y yo presentía que cada minuto transcurrido tenía una angustiosa importancia. A pesar de que necesitaba un médico desesperadamente, no quería que ese médico me lo proporcionara la policía.

Mientras conducía a toda velocidad, doblando a cada esquina para desorientar a mis perseguidores, me miré un instante la pierna. La alcanzada había sido la izquierda, o sea, que todas las calamidades se habían juntado en el mismo sitio. Ahora solo sentía un agudísimo dolor, pero aún podía hacer jugar mis músculos. Dentro de unos minutos, cuando se me enfriase la herida, la pierna se me quedaría tiesa y yo me convertiría por completo en un inválido. Además, no tenía una maldita arma.

¿A quién se le ocurre llevarse un revólver en su viaje de bodas? A mí, desde luego, no. Y ahora lo estaba lamentando.

Como tuve la suerte de no encontrar ningún guardia a aquella hora, pude correr todo lo que me dio la gana. En principio ya había sacado un par de manzanas de ventaja a mis perseguidores, y como había estado cambiando continuamente de dirección en la gran selva que es Nueva York, pude despistarles. Rodé entonces hacia Brooklyn, para atravesar el río y llegar a Jersey City, saliendo de Nueva York antes de que se diera la alarma a todos los puestos de carreteras.

La Patrulla de Caminos es eficaz, y pronto los coches tendrían mi descripción porque, como en el caso de todos los detectives privados, la Policía Metropolitana disponía de una completísima ficha mía. Era preciso, pues, haber pasado Newark antes de que la alarma se generalizase.

Más allá, el camino que conduce a la casita del bosque es una ruta de tercer orden, y en esa clase de pistas no resulta probable encontrar coches patrulleros. Una vez llegase a la casa sería difícil que dieran conmigo, porque de momento nadie sabía que estaba

allí.

Me dirigía, pues, definitivamente, al lugar donde había imaginado pasar una deliciosa luna de miel... ¡y donde no estaba pasando más que una extraña luna de muerte!

Las cantinas del camino ya estaban cerradas en su mayoría, y solo se veía luz en los moteles. Reduciendo la velocidad, pasé junto a un coche patrullero detenido, y los agentes no se fijaron en mí. Comprendí que aún no les había llegado el aviso, pero era mala cosa que me hubieran echado el ojo. De modo que para despistarles torcí a la izquierda, y dando un rodeo de veinte millas, regresé a la entrada del camino secundario que llevaba hasta el bosque.

Notaba ahora una extraña paz y una gran indiferencia, lo que eran síntomas muy alarmantes. La pérdida de sangre me había producido mucha debilidad, y a causa de eso todo me parecía lejano y sin importancia. Lo único que ansiaba era cerrar los ojos, apoyar la cabeza en algún sitio y dormir, aun sabiendo que, con una herida que iba sangrando lentamente, dormirse significaría la muerte.

Dos veces estuve a punto de estrellarme y dos veces logré rectificar en el último segundo.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que había amado a Marjorie.

Necesitaba un médico y, sin embargo, volvía allí, solo para contemplar su cadáver. Me enfrentaba a un misterio insondable sin ninguna clase de armas, solo porque en ese misterio estaba envuelta Marjorie.

De pronto, al tomar una curva del sendero abierto en el bosque, vi la casa, con las luces de la cocina encendidas y la ventana abierta, tal como yo la había dejado.

Me estremecí de horror.

* * *

¿Por qué había vuelto? ¿Qué me empujaba hacia allí, aparte el recuerdo de Marjorie? ¿Tal vez esa fuerza inexplicable y misteriosa que hace que las propias víctimas vayan a través de la noche al encuentro del vampiro?

No me atreví a bajar del coche. Un sentimiento que no acertaba a comprender me paralizaba.

Al menos en el automóvil estaba seguro; allí no había nadie más

que yo. En cambio, en la casa, ¿qué ocurría? ¿Qué poderes maléficos e inexplicables gobernaban en ella?

Desde el automóvil, y a través del parabrisas, miré la cocina. No se apreciaba allí el menor movimiento, la menor señal de vida. La luz parecía hacerme guiños a través de la breve distancia. Me sentía tan débil que pensé que no tendría energías ni para embragar y alejarme, en el caso de que alguien saliera de la casa para perseguirme.

Pero, ¿quién podía salir? ¿Qué extraño ser podía haber estado velando el cadáver de Marjorie?

De pronto, tomé una decisión. Embragué, puse primera, hice girar el volante y rodé suavemente hacia el interior del bosque.

Minutos después había llegado ante el calvero donde poco antes viera el ataúd con el cadáver de mi esposa.

Y entonces mis ojos se dilataron de asombro.

Porque el bosque estaba vacío otra vez.

CATORCE

CON la sensación de que me había vuelto loco, creyendo que en cualquier momento iba a despertar de aquella pesadilla, me llevé la mano izquierda a los ojos y los cerré un instante.

No sé cuánto tiempo estuve así.

Sentía la sangre correr ya por toda la longitud de la pierna, y aunque el dolor había disminuido, yo me daba cuenta de que de un momento a otro perdería el sentido. Estaba ya en las últimas.

Pero no quería perder el conocimiento, porque sabía que entonces alguien se acercaría a mí. Porque sabía que entonces quedaría a merced de los poderes maléficos que imperaban en la casa.

Un ciego pánico a quedar sin sentido y quieto en un determinado sitio, me dominaba.

Pero ¿qué hacer para no perder la noción de las cosas y mantenerme con un mínimo de fuerzas?

¿Y si echase un trago bien largo, por ejemplo, un cuarto de botella de coñac?

Busqué en el coche, por si habíamos puesto alguna botella, pero no había nada. Si quería beber, no me quedaba más remedio que entrar de nuevo en la casa.

Hice girar el volante y regresé.

Sentía frío en la nuca cuando puse un pie en el suelo, luego otro. Las rodillas me fallaban, pero en este momento tenía una voluntad fanática de sobrevivir. Llegué hasta la puerta que yo había dejado abierta al salir. Continuaba igual.

Lo que no continuaba igual era el olor.

Sentí que se dilataban mis fosas nasales mientras avanzaba poco a poco por el pasillo, apoyándome en las paredes. Un sudor helado volvió a aparecer en mis sienes, porque acababa de reconocer aquel

olor.

Olor a cirio.

Sentí que se nublaba mi vista y penetré en la cocina. Me dejé caer sobre la banqueta, sin darme cuenta de que esta no parecía estar como antes. Sobre el mármol había una botella de coñac español, y me introduje el gollete en la boca, bebiendo como un pirata. El licor me abrasó la garganta y pareció disolverse por todas las venas de mi cuerpo. Cuando había vaciado casi un cuarto de botella, la dejé. Beber más, en mi estado de debilidad, me hubiera puesto al borde del delirio.

Con gran esfuerzo, me volví a poner en pie. Era evidente que ahora estaba algo más animado. Me apoyé en el mármol blanco y limpio de la cocina y entonces miré de una forma inconsciente hacia la banqueta donde había estado sentado.

Mis cabellos se erizaron, y sentí en la garganta como un espasmo.

Porque sobre la banqueta había un paño negro. ¡El mismo paño negro que antes había visto en el túmulo del bosque!

* * *

De pronto, me sentí perdido.

Supe que estaba dentro de un anillo de fuego y de muerte que me aniquilaría. Sin embargo, aquel anillo era tan impalpable como el humo y tan sutil como un misterio. No entendía nada, excepto una cosa: que ahora estaba acorralado y que iba a morir.

Esto no me hubiera asustado, caso de poder disponer de mis facultades físicas, porque cien veces había salido de peligros peores que aquel. Pero en mis circunstancias, era como un niño. Solo el pensar que tenía que andar dos pasos me producía sudores de angustia.

Entonces fue cuando la pierna herida me falló del todo, cuando se negó a sostenerme más.

Caí de rodillas y luego completamente, hasta quedar de bruces, a pesar de todos mis esfuerzos. Desde el suelo, empecé a jadear y a lanzar maldiciones en voz baja.

A mi alrededor, en la casa, todo era silencio.

Hasta que de pronto, lenta y constantemente, como el agua al caer sobre el hueco de una roca, escuché los pasos del cojo.

Aquellos pasos ya no estaban en la casa, sino fuera de ella. Rodeaban el edificio lentamente, quizá buscando una ventana abierta. Unas manos siniestras debían palpar las paredes, buscando por dónde entrar.

Me estremecí.

La única ventana abierta era la de la cocina, donde yo estaba. Si esperaba tan solo unos minutos más vería el rostro a través de la ventana. El rostro obsesionante de aquella figura que parecía avanzar hacia mí desde las más remotas profundidades del tiempo, y tras cuyos ojos se ocultaba mi propia muerte.

Pero no solo yo vería aquellos, ojos. También aquellos ojos me verían a mí.

La sensación de que estaba indefenso, de que nada podía hacer, me obligó a reaccionar. Iba a morir, pero no quería hacerlo sin defenderme. No quería acabar como un gusano. De modo que me arrastré hasta la cinta de la persianilla de la ventana, mientras los pasos lentos del cojo seguían rodeando la casa. Con la mano derecha, dejé suelta la persiana metálica bruscamente. Esta cayó, cerrando la ventana en unos pocos segundos. Oí los pasos dirigiéndose hacia allí, ahora a mayor velocidad, casi corriendo.

Me estremecí.

Disponía de un par de minutos para llegar hasta la puerta por donde bahía entrado yo, cerrándola antes de que aquel misterioso ser se diese cuenta que por allí podía penetrar en la casa.

Por el momento debía estar sorprendido, palpando la persiana de la cocina, pues seguramente había pensado que no había nadie allí.

Me arrastré sobre los codos hacia la puerta secundaria, tal y como los soldados hacen al pasar bajo un campo de alambradas. Y solo el que se haya visto en una situación así sabe lo que cansa semejante avance, sobre todo cuando uno no puede emplear para nada las piernas y cuando cada movimiento de cadera hace lanzar un gemido. Apretando los dientes, logré llegar hasta la puerta secundaria y cerrarla. Luego, sujetándome al pomo como una tabla de salvación, pude ponerme medio en pie para llegar hasta el cerrojo. Lo corrí mientras oía los pasos acercándose a la puerta.

Justo en el momento en que esta se hallaba asegurada, una mano oprimió el pomo por el otro lado, haciéndolo girar.

Tal vez nunca un asesino y su víctima se habían encontrado tan cerca, sin verse.

Solo una hoja de madera nos separaba, y hasta, aplicando el oído a esta, hubiera sido posible oír el rumor de nuestras respiraciones. El pomo volvió a quedar quieto lentamente.

Esto, aunque parezca increíble, me tranquilizó. El ser que estaba al otro lado de la puerta era un ser humano, con manos, con pies, como todos nosotros. Las circunstancias eran tan espectrales que había llegado a dudar hasta de eso.

Fue entonces cuando un reflejo adquirido en mis años de arriesgado ejercicio profesional hizo que me apartara de la puerta, colocándome a un lado. Era tiempo.

Las balas atravesaron a media altura la hoja de madera, crepitando en una ráfaga que me dejó sordo. Aullaron a lo largo del pasillo y se clavaron en la pared del fondo.

Miré automáticamente los impactos. Eran seis, y sin duda de calibre pesado. Se trataba de un revolver.



Entraron solo balas...

El que estaba tras la puerta había cometido un error al vaciar toda la carga de su cilindro, porque durante unos segundos estaría indefenso. Si yo ahora hubiese dispuesto de cualquier cosa, aun cuando solo fuera una navaja algo larga, hubiese podido atreverme a salir.

Pero no podía, y menos estando herido. Mi inquietud, precisamente, estaba en evitar que el misterioso sujeto entrara en la casa, lo que podía lograr fácilmente disparando sobre la cerradura de la puerta y haciéndola saltar.

Oí perfectamente el leve roce del cilindro al ser recargado. Mi presunto asesino y yo estábamos apenas a un paso de distancia. Incluso hubiera podido verle tal vez a través de los agujeros hechos por las halas, pero no podía doblar el cuerpo.

Percibí claramente el chasquido del revólver al cerrarse, la estaba recargado otra vez.

«Ahora disparará contra la puerta... —pensé—. Ahora disparará contra la cerradura y podrá entrar, conviniéndome en una criba...»

Pero no lo hizo.

Fuese quien fuese, tampoco podía verme, y debía pensar que yo también estaba armado y le preparaba una trampa. Tenía motivos para suponer que, en cuanto entrase por aquella puerta, yo, situado a un lado como efectivamente estaba, le cosería a balazos la columna vertebral. Por eso decidió mostrarse más prudente a partir de aquel momento.

Oí sus pasos alejándose. Cargaba todo su peso en un pie y luego arrastraba el otro. Sin embargo, no estaba seguro de que fuera efectivamente un cojo. Cualquier persona medianamente hábil podía imitar aquellos pasos, valiéndose de un bastón o una muleta.

Respiré ansiosamente, tratando de serenarme. Había logrado, por el momento, escapar a la muerte, pero estaba acorralado. Un asesino armado, mientras que yo no tenía ni un mal cuchillo de cocina, rodeaba la casa, de la que yo no podía salir. Y no era esta mi única angustia.

¿Qué había sido de Marjorie? ¿Qué clase de horrible muerte le habían deparado?

Recordé su rostro en el ataúd, su rostro que sin embargo no reflejaba ningún sufrimiento. Recordé que luego la había visto viva, viajando hasta Newark con ella.

¡Dios, me estaba volviendo loco!

Regresé a la cocina, apoyándome en la pared, y me dejé caer en la banqueta bebiendo un nuevo sorbo de coñac. Entonces escuché. No se oía ningún rumor de pasos.

Esta relativa tranquilidad me hizo darme cuenta de que necesitaba contener la hemorragia de mi pierna izquierda. Me bajé el pantalón, tomé una servilleta bien grande y un simple cuchillo de comedor. Con ello hice un torniquete. Luego me subí el pantalón de nuevo, mientras aguzaba el oído por si volvían a oírse los pasos.

Nada.

Entonces me levanté, reuniendo mis escasas energías, y avancé hasta el dormitorio. Este estaba igual que cuando lo dejamos Marjorie y yo, incluso con la novela policíaca a medio leer, en la mesilla. Nada parecía haber sido tocado.

Fui entonces a la habitación donde estaba la trampilla que daba al desván, por si alguien había intentado abrirla. Encendí la luz y miré hacia arriba.

Nada. El papel engomado brillaba quedamente, rodeando los bordes de la trampilla.

Entonces, mis ojos se deslizaron poco a poco por las paredes, hacia abajo.

Y solté un respingo.

¡Porque el ataúd estaba allí!

* * *

Lo miré con ojos muy dilatados, a pesar de que el ataúd estaba vacío. Cosa que no me tranquilizaba en absoluto, a pesar de todo, porque yo, poco antes, había visto a Marjorie allí, muerta.

¿Dónde estaba ahora? ¿Qué había sido de su cadáver?

Contuve la respiración.

El candelabro también estaba allí, y su cirio había humeado seguramente hasta poco antes. De aquí el característico olor funerario que yo había percibido al entrar en la casa.

Vacilando, me acerqué al ataúd y lo examiné con detalle.

Había notables diferencias entre él y el candelabro.

El candelabro era moderno, y su forma esbelta y simple tenía una elegancia muy de nuestro tiempo. En cambio, el ataúd —y eso no me tranquilizó en absoluto— era antiguo.

No es que haya habido muchos avances de la moda en cuestión de esas siniestras cajas que han de contener nuestros cuerpos. Pero cualquier persona medianamente observadora ha advertido, a lo largo de los años, algunas leves diferencias. Sobre todo, en los Estados Unidos. La verdad es que hay incluso modas en esto. Durante años, se fabricaron cajas de esas en alegres colores, para que la despedida no resultase tan deprimente, y se fabrican aún. Pero, desde luego, el artefacto que yo tenía delante era, por lo menos, de la época del presidente Roosevelt.

¿Estaría en la casa desde entonces? ¿O habría adquirido alguien un ataúd antiguo, a título de coleccionista, para así despertar menos sospechas? ¿Qué misterio era aquel?

Volviendo al terreno práctico, traté de calcular si el candelabro me serviría como arma, pero era demasiado pesado. Tenía casi la altura de una persona. En mis circunstancias, resultaba imposible pensar en manejarlo como si fuese una maza.

Fue entonces cuando volví a escuchar un rumor junto a las paredes de la casa.

Ahora no eran pasos, sino el roce de un cuerpo al deslizarse a lo largo de las paredes. Mi misterioso enemigo intentaba ahora cazarme por sorpresa, y por eso no caminaba. Simplemente se arrastraba pegado a los muros, para ganar sin duda la puertecilla secundaria sin que yo lo advirtiese, disparar contra la cerradura, haciéndola añicos, y hallarse en el interior antes de que yo hubiera podido organizar una buena defensa.

En efecto, los hechos confirmaron esta idea.

El roce se iba escuchando muy suavemente, por las paredes, pero siempre en dirección a la puertecilla. Yo me dije que ahora, creyendo haberme cazado por sorpresa, el asesino entraría.

Ya no podía evitarlo. Si al menos hubiera tenido algo que hiciese el ruido de un martillo de revólver o de una corredera de pistola, me hubiera colocado junto a la puerta, produciendo aquel ruido, para que mi enemigo creyese que le estaba aguardando. Pero no lo tenía.

«Al menos me arrojaré sobre él cuando entre —me dije—. Tal vez en una lucha cuerpo a cuerpo, si logro derribarlo al suelo, consiga vencerle...»

Me aposté junto a la puerta.

Ahora me dolía un poco menos la pierna, quizá a causa del torniquete. Comprendí que podía doblarme, y no resistí la tentación de mirar a través de uno de los agujeros de bala, para saber al menos con qué clase de enemigo tendría que habérmelas.

Pero no era enemigo, sino enemiga.

Quedé paralizado,

Había visto primero un revólver tal y como yo calculaba debía ser el que había disparado antes. El revólver lo empuñaba una mano fina, suave. Y vi también un pedazo del vestido, el cual yo

conocía bien.

¡Era Marjorie!

QUINCE

¡MARJORIE!

De pronto, me sentí dominado por unos angustiosos deseos de morir. De modo que era ella, al fin y al cabo. De modo que yo me había casado con mi propio asesino. De modo que todo había sido una miserable y repugnante trampa...

Abandonando toda precaución, no importándome ya lo que pudiera suceder, volví a la habitación donde estaba el ataúd. Ahora, a la luz de los nuevos acontecimientos, recordaba dos cosas que antes no me llamaron la atención, o que por lo menos no me la llamaron lo suficiente.

Sobre la tapicería interior de la fúnebre caja, vi dos sólidas gomas blancas. Dos gomas como las que emplean los médicos cuando van a colocar a uno una inyección intravenosa, a fin de paralizar la circulación de la sangre, hacer que las venas se hinchen y su contorno se marque mejor.

Ahora lo comprendía todo.

Con dos gomas como aquellas en los codos, Marjorie podía haber detenido perfectamente la circulación de la sangre hasta sus muñecas, a fin de que no se le notara el pulso. La treta era tan sencilla que hasta me indignó no haberla sospechado antes.

Un detalle más terminó de aclararme la situación.

Sobre el tapizado interior había algo que al parecer no tenía sentido, pero que ahora lo adquiriría con la mayor claridad. Era un puñado de fibra de vidrio, de la que se emplea en construcción para rellenar superficies huecas y obtener así un perfecto aislamiento entre dos pisos de un mismo edificio. Pues la fibra de vidrio es un excelente aislante del frío, el ruido y la humedad.

Aplicándose aquello sobre la parte izquierda del pecho, Marjorie podía haber disimulado perfectamente los latidos de su propio

corazón, cuyos movimientos podían haber sido atenuados por el uso de una droga de efectos rápidos. Esto, un suave retoque morado en los labios y una pizca de polvos de arroz distribuidos hábilmente en la cara, había creado un clima de muerte aparente que hubiera bastado para engañar a cualquier persona impresionable.

¿Y quién no se hubiera impresionado al ver a su esposa en un ataúd, inmediatamente después de la noche de bodas?

Era esto lo que hacía más miserable el engaño. Era esto precisamente lo que aumentaba mis deseos de morir.

Apagué la luz y volví poco a poco junto a la puerta, sin hacer ruido. Al otro lado de la hoja de madera escuchaba una respiración agitada, que ahora sabía era la respiración de Marjorie.

Todo estaba claro, perfectamente claro. Un ataúd viejo comprado a un anticuario. Un candelabro cuya adquisición era posible en cualquier parte, El ambiente espectral del bosque a la hora del amanecer... No podía estar indignado conmigo mismo porque a cualquiera le hubiese sucedido igual. Se juntaban demasiadas circunstancias obsesionantes para no caer en el engaño. Incluso la situación era tan irreal que uno no se atrevía a llamar a la policía.

Seguía escuchando al otro lado de la hoja de madera la respiración regular de Marjorie.

«¿Por qué no dispara? —pensé—. ¿Por qué no salta la cerradura de una maldita vez?»

Pero ella no lo hacía. Estaba tanteando la cerradura con el fin de abrir silenciosamente. Esta vez no quería levantar la liebre; deseaba atraparme como a un hiño dormido.

Pero no podía. No podría a menos que saltase a balazos la cerradura y el cerrojo interior que formaba parte de ella.

Entonces me decidí yo.

Procuré afianzar la pierna herida para que no me fallase en el último momento, respiré hondo un par de veces a fin de recuperar energías y dominar mis nervios. Atiranté todos los músculos útiles que aún quedaban en mi cuerpo... ¡y abrí!

La puerta cedió de pronto, pues Marjorie se estaba apoyando en ella, y la hoja de madera chocó contra la pared. La muchacha perdió el equilibrio por completo, al no esperar aquello. Hizo un gesto fiero, apretando el revólver, e intentó disparar.

Aún no me había visto bien.

Yo la golpeé en la nuca con todas mis fuerzas, y la hice tambalearse hacia adelante, mientras lanzaba un gemido. Mi pierna herida falló entonces, y al caer tuve que sujetarme a Marjorie. Caímos los dos y la aplasté contra el suelo, ella de bruces aún, y sin verme. Mientras tanto, le apliqué una hábil llave de judo en la mano derecha, haciéndole soltar el revólver. Todo fue muy fácil, a pesar de que yo no tenía ni la mitad de mis fuerzas. Pero en el suelo y en lucha cuerpo a cuerpo, no temía a nadie, pudiendo valerme de mis brazos.

Tomé el revólver y me puse de rodillas en el suelo, mientras le apuntaba entre los dos ojos.

—¡Y ahora, vuélvete! —dije, sordamente—. ¡Vuélvete, perra!

DIECISÉIS

MARJORIE se estremeció al oír mi voz,

Pero era lo bastante hipócrita para fingir que no esperaba aquello, de modo que no me dejé sorprender. Con los labios apretados en una mueca, volví a repetir:

—Gira hacia mí, deliciosa perra...

Lo de deliciosa no había podido evitarlo y lo decía por sus piernas, que se me mostraban claramente. En cuanto a su rostro, a pesar de que estaba desenchajado, era el más bonito que yo recordaba haber visto.

—Frank... —susurró.

—Sí, soy Frank. ¿O esperabas encontrar a otro?

—No... entiendo.

—El que no entiende soy yo, pero pronto vamos a aclarar las cosas. Ponte en pie.

Ella fue a acercarse y la rechazé con un suave movimiento del revólver, mientras acariciaba el gatillo.

—Sin acercarte. Ponte en pie y apóyate en la pared. Los brazos caídos a lo largo del cuerpo, sin hacer un solo gesto.

—Frank... ¿te has vuelto loco?

—Loco lo he estado antes para no darme cuenta de que solo tú podías ser la organizadora de lo que estaba ocurriendo. Pero no temas, porque no voy a matarte. Nunca he disparado contra una mujer, y menos contra una mujer a la que he querido tanto. Quizá ni siquiera te entregue a la policía. Allá tú con tu conciencia.

Mi voz procuraba ser tranquila, pero latía en ella un sordo furor.

—Frank, entonces... ¿qué piensas hacer conmigo?

—Por lo pronto, vas a aclararme una serie de cosas.

—No creo que haga falta porque, al parecer, para ti todo está ya espantosamente claro.

—Tú lo has dicho bien. Espantosamente claro. Vamos, camina hacia esa habitación y enciende la luz. Y recuerda que, aunque he pensado no disparar, uno cambia de intención en menos de dos segundos.

Marjorie, sin una palabra más, obedeció.

Fue a la habitación donde estaba el ataúd, e hizo girar el conmutador. La claridad se esparció sobre todos aquellos tétricos objetos, tal y como yo los había encontrado unos minutos antes.

Me situé tras ella, de modo que no pudiera verme. De pronto, me dio vergüenza tener el revólver levantado contra una mujer, y más contra una mujer tan bonita como Marjorie. Bajé el brazo, procurando no hacer ruido para que ella pensase que la estaba amenazando aún.

—¿Tú compraste ese ataúd?

—Sí.

—¿A un coleccionista?

—No exactamente. Dije que la coleccionista era yo. Lo adquirí en una casa de pompas fúnebres, donde lo habían tenido como muestra.

—¿Y el candelabro?

—Eso no tuvo ninguna dificultad. En una casa de bronce artísticos me lo vendieron.

Mi voz era tensa, pero la de Marjorie sonaba cansada y triste, junto a la puerta.

—Vamos ahora a otra cuestión. ¿Reconoces esas gomas?

—Claro que sí.

—¿Y ese pedazo de fibra de vidrio?

—También.

—¿Te lo colocabas para que no se percibiese el pulso y no se notaran los latidos del corazón?

—Si ya lo sabes, Frank, ¿por qué lo preguntas?

—Para estar seguro.

De pronto, me estremecí.

No, yo no podía estar tan seguro como aparentaba. No podía porque allí había algo que no marchaba bien. Hacen falta las dos manos para colocarse dos gomas como aquellas y apretarlas firmemente. Ni valiéndose de los dientes es posible conseguir un buen trabajo. Entonces, a Marjorie tenía que haberla ayudado

alguien. ¿Pero quién?

Pregunté suavemente:

—¿Quién te colocaba esas gomas, Marjorie?

—Mi madre.

—¿Tu... madre?

—Sí. ¿Por qué?

De pronto, sentí un asco profundo, invencible, y volví a levantar el revólver, sin darme cuenta.

—Te serviste de ella y luego ya no la necesitaste, ¿verdad? ¡Entonces eres la perra más sarnosa que he conocido! ¡Has asesinado a tu propia madre!

Marjorie se volvió como si acabara de oír a sus espaldas el silbido de una serpiente. Lanzó un grito, y yo, de pronto, vi bien su rostro. Era un rostro desencajado, atónito. Sus facciones no eran las de una mujer que tiene miedo, sino las de una mujer que ha recibido el golpe más brutal y despiadado de toda su existencia.

—¡Dios mío! —barbotó—. ¡Dios mío!...

De pronto, se abalanzó bacía mí, que estaba apoyado en la pared, y me zarandeó, sin acordarse de que yo tenía un revólver y pedía apretar el gatillo en cualquier momento.

—¡Di que no es verdad! ¡Di que mientes, que es una trampa! ¡No puede ser verdad, Dios mío!

—Lo es, y tú lo sabes.

Dije esto sin convicción. Los ojos de Marjorie me contemplaron como si estuviesen viendo una pesadilla.

—Frank, ¿cómo sabes eso?

—He visto su cadáver, y no solo ha sido eso. La policía me ha clavado una bala en la pierna izquierda.

—¿Dónde la has visto?

—En Nueva York.

—¿Has... estado allí?

—Sí.

Se estremeció.

—De modo que todo este tiempo, yo he estado sola... —dijo con un soplo de voz.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Creí que mi madre estaba también en el bosque.

—Me parece que debes explicarte, Marjorie —susurré, sintiendo

que fallaba toda mi seguridad.

—Si tú lo quieres, te explicaré todo lo sucedido y todo lo que tenía que suceder, aunque sé que no vas a creerme una sola palabra.

—Eso lo decidiré después de escucharte.

Ella fue a nuestro dormitorio, sin que yo lo impidiera, y se sentó en la cama. Yo lo hice también, dejando el revólver a un lado. La postración de Marjorie era tal que me parecía vergonzoso seguir amenazándola.

—Habla —invité.

—Sé que no me creerás, pero la verdad es muy sencilla.

—Pues suéltala.

Fue entonces cuando ella dijo con voz serena y calmada aquella cosa absurda:

—Mamá y yo habíamos pensado cometer un crimen.

DIECISIETE

LAS fuerzas me fallaron oír a vez. De no haber estado sentado en la cama, estoy seguro de que hubiese caído a tierra.

—¿Un crimen?... —balbucí.

—Ella iba a cometerlo, y yo solo iba a servir de cebo, de trampa, sin intervenir para nada en lo que sucedería a continuación. Pero para que comprendas los móviles de una decisión tan extraña, es necesario que te cuente también una vieja historia.

—Cuéntala.

—Se trata de mi padre.

—¿Qué vas a contarme tú de tu padre, si ni siquiera llegaste a conocerlo? —pregunté con incredulidad.

—No lo conocí, desde luego, pero fue como si lo hubiese visto todos los días de mi vida —susurró—. Mi madre, que lo amaba apasionadamente, se encargó de mantener siempre viva en mí la llama de su recuerdo. Llegué a quererlo, aun sin haberlo conocido, sobre todo si se tiene en cuenta que murió por mi causa.

—¿Cómo?...

—Papá había vivido muchos años en Europa y el Oriente Medio. ¿No lo sabías?

—Confieso que no.

—Se dedicaba a enviar drogas desde el Medio Oriente a América, a través de Nápoles y París. Sus agentes se extendían por todo el mundo, aunque él no era el jefe de la organización. Ganaba mucho dinero, pero a pesar de estar metido hasta el cuello en aquel asunto sucio, conservaba un cierto fondo sentimental. Salvó a mi madre de perecer aplastada bajo las ruedas de un camión, y el camión lo arrolló a él. A causa de eso era cojo.

—Comprendo...

—Desde entonces, mamá y él unieron sus vidas. Mamá conocía

los turbios manejos de mi padre, pero ansiaba cambiarle. En realidad, lo consiguió. Vinieron a vivir en los Estados Unidos, y al saber él que tendría un hijo, resolvió cambiar de vida completamente y romper con su pasado. Eso le costó la vida, porque sabía demasiadas cosas. Lo asesinaron.

Bajó el tono de su voz, y añadió de un modo espectral que a mí me heló la sangre en las venas:

—Lo asesinó la misma persona que vendrá a asesinarme a mí ahora... esta misma noche.

DIECIOCHO

—¿QUIÉN? —fue lo único que pude balbucir.

A pesar de lo que había sucedido, la historia de Marjorie me sonaba convincente y sin fallos. Ya ni siquiera me acordaba de que poco antes la había estado amenazando con un revólver.

—Lo ignoro —susurró ella—. No conozco su nombre ni tengo medios de conocerlo, ahora que mamá ha muerto. Lo único que sé es que mi padre, antes de morir, logró clavar a ese hombre una bala en la pierna. Él también es cojo, o por lo menos no puede andar con normalidad. Es de esos hombres que no juegan bien la rodilla, que tienen que cargar todo el peso del cuerpo en una sola pierna. Más o menos como tú... ahora.

Me estremecí sin querer. Bruscamente, parecía como si Marjorie sospechara de mí, como si por un momento los papeles se hubieran invertido.

—Continúa —dije con cierta sequedad—. ¿Cómo es posible que esa vieja historia haya vuelto a resucitar al cabo de tantos años?

—En efecto, son muchos años... —susurró ella—. Pero seguramente habrás sabido que el negocio del tráfico de drogas ha ido cambiando de manos en este país. Y como es un negocio tan lucrativo, se mueven en torno a él grandes intereses que no vacilan ante el crimen.

—¿Qué tiene eso que ver contigo? Mejor dicho: ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Celebro que hayas empleado la palabra nosotros —musitó Marjorie—, porque eso indica que en cierto modo aún te sientes unido a mí. Pues bien, el que había sido jefe de mi padre, el que ordenó su muerte, descubrió, al cabo de tantos años, que había alguien más fuerte que él. Alguien que manejaba el «negocio» con mucha más soltura y que conocía gran parte de sus secretos. Pensó

entonces que esa persona tenía que ser mi madre. Ella conocía los más sólidos enlaces de la organización. Solo ella podía haber creado una red que fuese tan fuerte como aquella a la que antaño perteneció mi padre. Esas sospechas aumentaron cuando un importante cargamento desapareció.

—¿Y entonces empezó a perseguiros?

—Empezó a perseguir a mi madre, que después de un accidente, en que estuvo a punto de perder la memoria, tuvo que permanecer recluida en un hospital durante mucho tiempo. Tú ya sabes que la buscaste por encargo mío, sin resultado. Pero antes de que abandonaras las pesquisas, yo ya supe dónde estaba, aunque no me atreví a decírtelo porque ella misma me lo pidió. Me escribió una carta diciendo que no me pusiera aún en contacto con ella, porque la antigua organización de mi padre la perseguía, creyéndola una competidora, y que estando a su lado yo corría también peligro de muerte. En realidad, quiso también aplazar nuestra boda hasta sentirse segura, pero como yo insistí en casarme contigo, decidió ir a conocerte.

—¿Fue ese el día en que vino a mi despacho?

—Sí.

—¿Con qué propósito lo hizo?

—En primer lugar, quería conocerte y necesitaba de algún modo justificar su visita. En segundo lugar, sabía ya que habías alquilado la casa que en otro tiempo nos perteneció y donde fue asesinado mi padre, es decir, esta. La que no lo sabía era yo; ignoraba que fuese la misma.

—¿Por qué me explicó aquella extraña historia?

—No era una extraña historia. Te explicó, más o menos, el plan que nos habíamos trazado.

—¿Un plan para qué?

—Puesto que alguien quería matarnos y aquel alguien era el asesino de mi padre, fue ella la que decidió matar. Para ello pidió mi ayuda, y yo no supe negársela. Adquirí el ataúd y el cirio. Aquel hombre registraría la casa, pensando que el cargamento de drogas podía estar oculto allí. Si en un momento dado, me veía muerta en el bosque, quedaría paralizado por el estupor. Ese sería el instante que mi madre aprovecharía para descerrajarle una bala a corta distancia. El paraje, la situación de los árboles y las posibles líneas

de tiro habían sido cuidadosamente estudiadas. Aquello era una trampa. Date cuenta de que la que quería matar era una débil mujer, y que necesitaba tener a su enemigo quieto en un determinado sitio por lo menos durante un par de minutos.

—¿Y para eso tuvisteis que ocultar el ataúd y toda la tramoya en el bosque? ¿No hubiera sido mucho más sencillo dejarte caer a tierra, fingiéndote muerta? Él te hubiera examinado igual, deteniéndose también durante un par de minutos.

Marjorie movió tenazmente la cabeza de un lado para otro.

—No era lo mismo, y te darás cuenta si examinas tu propia reacción. El hombre que ve a alguien caído en el suelo conserva toda su serenidad, está alerta, puede reaccionar si fallan el primer disparo. En cambio, el hombre que ve una escena fantasmal queda como paralizado, no siente sangre en sus venas y es una víctima mil veces más fácil. Tú has visto muchas personas caídas en tierra y siempre has reaccionado bien. En cambio, me viste a mí, y quedaste paralizado como un pelele.

—Es cierto —reconocí, aunque la idea no me gustara—. Pero ¿por qué me explicó tu madre aquel falso sueño, que era, en realidad, como explicarme parte de su plan?

—Verás... En primer lugar, confiaba en que tú no me vieses dentro del ataúd. Pero si me veías, recordarías inmediatamente lo que ella te había contado e irías en su busca. Prefería explicarte las cosas ella antes que yo, porque tiene infinitamente más tacto, mientras que yo no soy más que una pobre muchacha enamorada. Como verás, no se equivocó. Fuiste en su busca casi inmediatamente.

—Es cierto... Pero el asesino había llegado antes. A pesar de que ella cambió de domicilio, debió averiguar su paradero y la mató, pensando que así eliminaba un enemigo y además podría registrar más fácilmente la casa. Pero hay algo que nunca debiste hacer, Marjorie: guardar silencio. Cuando nos vimos de nuevo en la casa, después de nuestro primer encuentro en el bosque, debiste decírmelo todo.

—No podía —gimió—. Tenía un terrible problema sobre mi conciencia. ¿Cómo podía decirte: «Para defender a mi madre voy a ayudar a matar a un hombre»? ¡Era imposible, Frank, porque, además, sin conocer mi historia completa no me hubieras

comprendido! Por eso preferí dejar que los acontecimientos se consumaran. La estratagema había fallado una vez, pero no fallaría a la segunda.

—¿Quién preparaba el ataúd y todo lo demás?

—Mi madre. Ella conocía desde años atrás un buen escondite en el bosque.

—¿Y cómo te avisaba para que fueses?

—Imitaba de un modo peculiar el canto de un grillo cuando sabía que el asesino estaba por los alrededores. Él siempre actuaba solo, y preferentemente de noche o al amanecer. Por eso la llamita del cirio tenía tanta importancia, a fin de atraerle e iluminarle para que ofreciese un buen blanco. Y de aquí también que yo no pudiese estar simplemente caída en tierra, como has dicho antes, porque entonces no hubiera habido razón para colocar junto a mí un candelabro, cuya luz era necesaria a mi madre.

—Voy comprendiendo... Pero, ¿por qué no avisó ella a la policía? ¿No hubiera sido también más sencillo?

Marjorie sonrió tristemente.

—Ella había visto escapar a mi padre multitud de veces, y sabía que cuando un delincuente es hábil, la policía no puede capturarlo a fecha fija, aunque termine dando con él. Y en nuestro caso los minutos tenían una terrible importancia.

—Otra cosa. ¿Por qué no se fue ella a Nueva York, después de tu segunda aparición?

—Desde su puesto, vio el coche del asesino rodeando el bosque, e imaginó a dónde iba. En primer lugar, a la oficina de Hufford, a pedir datos sobre la casa, que le ayudasen en su registro, pues, aunque aún no me había visto en el ataúd, debía estar bastante confuso. En segundo lugar, quería movilizar a sus hombres para buscarla a ella. Entonces ella decidió cambiar de domicilio antes de que fuera demasiado tarde, pero, por lo visto, fue alcanzada. El asesino y mi madre te llevaban una cierta ventaja porque tú tuviste que ir vacilando hasta la casa para retirar el automóvil. Entonces, yo guardé el ataúd y todo aquí dentro, esperando que ella regresase y dispuesta a explicártelo todo. No podía más, Frank. Mis nervios estaban a punto de estallar. ¡Y no quería ser cómplice de un crimen, aunque la víctima fuera un repugnante asesino!

Se abrazó a mí, hundiendo su cabeza en mi pecho. Yo lo olvidé

todo, olvidé que aún nos encontrábamos en peligro, para dedicarme solo a besar sus cabellos, sus párpados cerrados, su frente. Había olvidado también por completo que existía un revólver con el que antes la amenacé. Solo la ternura de nuestro amor, que parecía haber vuelto a nacer, me dominaba.

Por fin reaccioné, apartándola de mí, lentamente.

—Ese hombre va a volver... —dije con suavidad— y es nada menos que el asesino de tus padres. Por el hecho de que tú llevabas un revólver igual al suyo, os he confundido antes, pero aún está merodeando la casa. He de pensar algo para cazarle.

—¡Pero, Frank, tú estás herido! ¡Gravemente herido!

—De momento no pierdo más sangre, y me parece que aún podré resistir una hora. Creo que lo mejores adoptar con una ligera variante el plan de tu madre, es decir, que finjas estar muerta. La propia habitación donde está el ataúd servirá. Yo estaré alerta, y cuando te mire, caeré sobre él con el revólver. En mis circunstancias, no puedo hacer otra cosa. Apenas soy capaz de sostenerme en pie.

Ella se apretó más contra mi pecho.

—Tengo miedo... Piensa que mientras esté allí, no puedo defenderme. Es como si me encontrara en una tumba...

—No temas, yo vigilaré. No podrá cazarnos por sorpresa.

Le di un cachetito en la mejilla, besé sus labios, y yo mismo la acompañé a la habitación. Montamos el fúnebre decorado en unos momentos y luego ella se dispuso a jugar su papel. La verdad es que, conociendo el secreto, no me impresionó demasiado verla.

Fui en busca del revólver, saqué un cartucho y extraje la bala, dejando la pólvora suelta. Hecho esto deposité el cartucho sobre un lado del cirio, pero de forma que no pudiese tocar la llama. Para que la pólvora entrase en contacto con ella haría falta que yo tirase de un hilo que até por un lado al cartucho y por otro al conmutador de la luz.

No había terminado de hacer esto cuando un coche se detuvo ante la puerta de la casa.

Bruscamente, sentí frío. Un frío terrible que me llegó hasta el fondo de las venas.

La policía.

De un modo u otro se habían enterado de que yo estaba allí.

Quizá habían dado con la oficina de Hufford, y por este conocían el emplazamiento de la casa. Tal vez se lo haya dicho la misma Judith, mi secretaria, aunque esta no lo conocía con exactitud.

Lo cierto era que no podía ocultarme. Tenía que dar la cara y arrostrar las consecuencias.

Tambaleándome, abrí la puerta y salí. No llevé ni tan siquiera el revólver. Estaba seguro de que no podía ser el asesino el recién llegado, porque si lo fuera, ¿para qué iba a meter tanto ruido?

Exhalé un suspiro de alivio.

Tampoco era la policía.

Era el propio míster Hufford, que me sonreía desde el asiento del conductor, sentado al volante de un magnífico «Nash».

—Hola —dijo jovialmente—. Estaba preocupado por usted.

—¿Por qué se ha molestado? —susurré.

—No es molestia. Voy de viaje y me he desviado de la ruta para verle. ¿Qué ocurre con esta casa? No me habrá metido en ningún lío, ¿eh? Yo soy un comerciante honrado.

Sonreí.

—Por supuesto, míster Hufford. Espere un momento. Si me permite...

Fui a apoyarme en una de las columnas del porche delantero, porque me fallaban las piernas. Al hacerlo, me volví. Y de pronto quedé quieto, paralizado, sintiendo que en la garganta se me formaba una bola seca.

Me di cuenta. Fue como si unas letras de fuego estuvieran escritas en el aire.

En el propio Nueva York, horas antes, yo había estado hablando con el asesino.

Aquel no era el tal Hufford, sino el asesino de los padres de Marjorie. Había entrado clandestinamente en la oficina para buscar algún viejo plano de la casa, cuando yo le sorprendí en el despacho. Debí pensar que lo mejor era aprovechar mi confusión y fingir que él era Hufford. Acababa de matar a la madre de Marjorie, y me envió hacia allí, avisando a la policía acto seguido para que me atraparan poco menos que con las manos en la masa. De este modo me eliminaba quizá para siempre y sabía que en la casa quedaría solo una mujer. ¡Una mujer hundida en un bosque solitario! El pensamiento de lo que hubiera sucedido si yo no llego a poder

escapar, puso como una bola de fuego entre mis ojos.

Lentamente, me volví.

El hombre me estaba apuntando con un revólver. Su sonrisa había cambiado. Ahora era cuadrada. Sus ojos desfilaban odio.

Había abierto la portezuela y yo vi que una de sus piernas estaba algo encogida. Eso no había podido advertirlo en el despacho porque la gran mesa cubría hasta sus pies.

—Pase al interior —dijo con voz suave—. Pase o le frío aquí mismo.

Pasé, y él me clavó el revólver en los riñones. No podía ni soñar en desorientarle porque la luz del cirio era como un guía. Penetramos en la habitación donde Marjorie, indefensa, aguardaba.

Él emitió una risita.

—Bien... Veo que se ha colocado incluso en posición... Alce los brazos. Primero lo liquidaré a usted, y después a ella...

Poco a poco alcé los brazos. Noté que el hombre hacía más intensa la presión del revólver en mis costillas. Iba a disparar. Solo faltaban dos segundos, uno...

Marjorie lanzó un gemido.

Y de pronto, la llama del cirio se centuplicó, produjo una explosión y durante unos segundos pareció llenar la habitación entera. Mi enemigo apuntó frenéticamente hacia allí, perdida la serenidad durante un leve instante. No pudo darse cuenta de que al alzar uno de los brazos, yo había tirado del hilo, acercando el cartucho a la llama, situada aún por encima de nuestras cabezas. Un minuto más y el hilo se hubiera consumido, pero por suerte duró lo suficiente.

Yo aproveché el momento.

Como tenía al asesino junto a mí, no me costó nada apoyarme en él y aplicarle al brazo derecho una salvaje llave de judo. Él gimió como una bestia cuando a sangre fría, sin ningún arrepentimiento, le rompí por dos sitios el brazo. Luego lo dejé caer y lo golpeé en la nuca. Marjorie, que ya se había puesto en pie, fue a aplastarle la cabeza con el candelabro. Pero no lo permití. Creo que le dije que, ya que los ciudadanos de Nueva York pagan un verdugo, lo justo es que el verdugo trabaje.

Una hora después, y tras haber conducido Marjorie hasta Nueva York, yo estaba en un hospital, siendo interrogado por la policía. El teniente de la Metropolitana que me acosaba a preguntas quedó perplejo cuando, después de explicárselo todo, le dije que sabía dónde estaba oculto un importante cargamento de drogas.

—¿Dónde? —gimoteó casi, mientras le brillaban los ojos de emoción.

—Aquí.

Y saqué de uno de los bolsillos de mi americana, colgada junto a la cama, la linterna que me regalara Judith.

—¿Aquí?...

—No puede ser en otro sitio. Ábrala.

Él abrió la linterna, y junto a la achatada pila encontramos el resguardo de un paquete depositado en consigna de la Estación Gran Central. Era el mejor regalo de bodas de Judith, y el último secreto que su hermana no había querido llevarse a la tumba.

Más tarde me enteré de que el cargamento valía un millón de pavos.

Pero entonces no le di importancia. Estaba pasando mi segunda luna de miel... en el centro de Manhattan, en lo más alto de un rascacielos donde había más de mil quinientos vecinos.

FIN

Mikky Roberts
**Desde el más
allá**



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



160 páginas
Dibujos a dos tintas
Cubierta a todo color
Precio: 20 ptas.



En plena forma
4.000 años de piratería
Supere su timidez
El año 2.000 según las profecías
Complejos
El jazz
La aviación moderna
¡Bailemos!
Interprete sus sueños
Papas y concubios
La grafología
Historia del Club de Fútbol
Barcelona
Los cobetes
Túncos
Historia del Real Madrid

COLECCION HISTORIAS

WICK TORPIN 1

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías, Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.



COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA
por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO
por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD
por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE
por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL
por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
822 — Carlos de Santander
FATAL INTROMISION

COLEC. "MADREPERLA"
718 — Jaime Burgos
DE HOY EN ADELANTE

COLECCION "ROSAURA"
562 — Jesús Navarro
AMOR DE JUVENTUD

COLECCION "AMAPOLA"
549 — Isabel Salueña
EL ANFORA DEL AMOR

COLECCION "ALONDRA"
483 — G. Colomer
BONITA Y PELIRROJA

COLECCION "CAMELIA"
424 — Josefina M.^a Rivas
POCOS AÑOS Y UN
MARIDO

COLECCION "CORAL"
100 — Corín Tellado
FUEGO EN EL CORAZON

COLECCION "CORAL"
101 — Corín Tellado
TIMIDEZ Y PASION

COLECCION "BISONTE"
763 — John Lack
CHESTER ERA ASI

COL. "SERVICIO SECRETO"
627 — Keith Luger
LA MUERTE LLEGARA
A LAS SEIS

COLECCION "BUFALO"
460 — A. Rolcest
LA ZANCADILLA DEL
DIABLO

COLECCION "COLORADO"
252 — Orland Garr
BAJO EL IMPERIO
DEL TERROR

COLECCION "KANSAS"
218 — M. Lafuente Estefanía
DOCE BALAS EN EL
BLANCO

COLECCION "CALIFORNIA"
307 — Ros Talbot
UN PUNADO DE DOLARES

C. "H. DEL OESTE" (Ext.)
200 — M. Lafuente Estefanía
EL MEJOR "SHERIFF"
DE DODGE CITY

COLEC. "ASES DEL OESTE"
170 — Rogers Kirby
"KIT GATILLO"

COLEC. "BRAVO OESTE"
82 — Clark Carrados
SAVIA ROJA

COLEC. "PUNTO ROJO"
16 — Silver Kane
EL HORROR Y TU

COLECCION "TEXAS"
328 — M. Lafuente Estefanía
EL INDIÓ

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hípólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-73 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 67
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchiuatl, S. A. - Avda Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-61 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Busó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Merenderos, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 300 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilleros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.